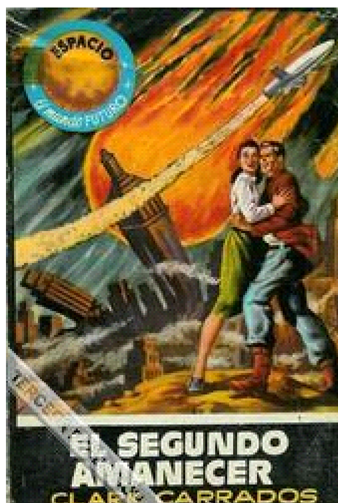
ESPACIO

EL MUNDO FUTURO

EL SEGUNDO AMANECER

CLARK CARRADOS



El segundo amanecer

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/186

INTRODUCCIÓN

En la última cuarta parte del siglo XX, el Sol sufrió una alteración térmica en su superficie, que provocó un eventual aumento de la temperatura superficial de nuestro planeta. Un eminente físico, el profesor Meier, inventor de un aparato al cual había dado el nombre de predictor, halló que la vida orgánica en la Tierra se iba a extinguir de modo total.

Espantado, discurrió el medio de evitar tal catástrofe, para lo cual dispuso

las cosas de tal modo que una pareja humana pudiese sobrevivir durante todo aquel tiempo en que la superficie del globo se hiciese inhabitable. Para ello acomodó una cueva, a la suficiente profundidad para que su ambiente no fuera afectado por el aumento de temperatura, y es donde, durante trescientos años, habrían de permanecer, en estado letárgico, el hombre y la mujer encargados de continuar la historia de la Humanidad.

Después de varias incidencias, entre las cuales no son las menores la intervención del Servicio de Investigación Temporal del Siglo Sesenta, Meier consigue al fin sus deseos: John Rhoderick y Arabel Corcoran formarán la pareja iniciadora del segundo amanecer. Y después de haberles inyectado una sustancia adormecedora, que mantendrá sus cuerpos en suspensión animada durante tres siglos, el profesor sale de la cueva, cerrando una puerta que no debía volver a abrirse hasta pasado el plazo señalado.

Durante trescientos años, los mecanismos purificadores del aire y la temperatura y la humedad ambiental funcionaron a la perfección. Toda traza de la catástrofe había desaparecido ya y nuevos bosques verdeaban bajo la fulgente luz del sol. Naturalmente, la vida animal se había extinguido, excepto en muy contados casos, descendientes los actuales especimenes de aquellos que, milagrosamente, pudieron salvarse de la Gran Catástrofe. Pero salvo la regeneración vegetal, podía decirse que la Tierra era virtualmente un desierto en lo que a la vida animal se refería.

Y entonces, cuando John y Arabel estaban a punto de despertar de su sueño trisecular…

CAPÍTULO PRIMERO

El presidente del Consejo de Gobierno de la Tierra, Jan Roder, soltó una alegre carcajada.

—¡Vamos, Izkar! ¡Ataca! ¡Con la izquierda se finta…! ¿Lo ves? Y con la derecha se golpea. ¡Así!

Sonó un seco golpe y el individuo llamado Izkar se encontró de pronto en el suelo, con una mano en la mandíbula afectada y los ojos muy abiertos sin poder comprender cómo le había llegado aquel golpe de tan fulminantes efectos.

Roder volvió a reír. Alto, musculoso, perfectamente proporcionado, era la viva estampa del hombre joven y gallardo, aumentada más todavía por su estatura que alcanzaba fácilmente el metro noventa. Tenía los ojos azules y el cabello castaño, mas, a pesar de su juventud, ya que acababa de cumplir los treinta años, era hombre de aguda inteligencia y grandes dotes de mando, cualidades que le habían permitido alcanzar, a tan temprana edad, la presidencia del Consejo, después de haber ostentado durante años la jefatura del Servicio de Investigación Temporal.

—Izkar, tienes que eliminar todavía un par de kilos de grasa. Cuando lo hayas conseguido, puede que llegues a igualarme.

Un servidor, con respetuoso ademán, ayudó a levantarse del suelo al caído, en tanto que otro desataba los guantes que enfundaban las manos de Roder.

—De todas formas —contestó—, sigo opinando que esta clase de juegos es brutal e inhumana.

—Tienes mucha razón, pero no toda, querido Izkar. Es un deporte brutal e inhumano, de acuerdo, pero necesario, a veces, para la defensa individual.

—¿Qué clase de defensa puede haber cuando no hay nadie que ataque, Roder? —arguyó Izkar.

—Es cierto; en nuestra era está suprimida virtualmente toda clase de ofensa física. No obstante, hemos de tener en cuenta, que la falta de ejercicio conduce a un reblandecimiento corporal que puede causar grandes males a la Humanidad. Es necesario endurecer el cuerpo, mediante los adecuados ejercicios físicos que puedan contribuir al fin que se persigue. De otra forma, corremos el grave riesgo de convertirnos en algo así como la simple envoltura de un cerebro pensante, con exclusión de cualquier otra actividad. Esto sería terrible, Izkar.

—No veo yo tal peligro por ninguna parte —contestó el otro.

Roder se fue hacia la ducha y también Izkar. Se limpiaron los respectivos cuerpos de la transpiración acumulada durante la fingida pelea, después de lo cual, sendos chorros de aire caliente sustituyeron a los de agua. Una vez secos, se vistieron y salieron fuera.

Mientras caminaban hacia la salida del gimnasio, Izkar preguntó:

—¿Crees sinceramente en lo que predicas, Roder?

—¿Cómo podría ser de otra forma, querido Izkar? Incluso tú mismo tendrías que haberlo notado ya al cabo de quince días de practicar el ejercicio. Más ágil, más fuerte, más lleno de vivacidad, la sangre te circula con renovado ardor, la mente está más despejada, el apetito se renueva, la falta de sueño no es ningún problema... Dímelo sinceramente, ¿no te sientes mucho mejor después de estas dos semanas?

—Por cierto que sí —dijo Izkar, haciendo una mueca—. Pero dudo mucho de que llegues a convencer de tus pretensiones al resto del Consejo.

La sonrisa se esfumó de los labios de Roder.

—Tendré que hacerlo —murmuró—, a pesar de todo. Ellos no lo comprenden, pero ésta es la realidad. Si seguimos como hasta ahora, acabaremos siendo una raza degenerada e imbécil. Sólo cerebro, sin nada de músculo; lo cual no puede ser, por cuanto en el perfecto equilibrio de ambas cosas está la felicidad física del hombre.

—¡Caramba! —exclamó Izkar—. Esto es nuevo para mí, Roder. ¿Cuándo se te ha ocurrido?

El joven presidente meneó la cabeza.

—No es mío, sino del Iniciador[1].

—¡El Iniciador! —repitió con sorpresa Izkar.

—Sí. Él me lo dijo cuando nos despedimos la última vez que nos vimos, poco antes de que lo sumieran, a él y a su esposa Arabel, en estado de hibernación para poder sobrevivir a la Gran Catástrofe. «Una perfecta armonía entre el músculo y el cerebro es lo más conveniente para la salud de la Humanidad. Que ninguno de ellos predomine sobre el otro; de lo contrario, una nueva catástrofe, ésta ya absolutamente irremediable, os aguarda.» Tales fueron —concluyó Roder— sus últimas palabras, y las conservo indeleblemente grabadas en mi mente. Como si las hubiera pronunciado hoy mismo.

—El Iniciador debía de ser hombre de vastas cualidades —dijo Izkar, sinceramente admirado.

—No era sino un hombre vulgar, pero dotado de sentido común. Y yo me he pasado largas noches pensando en sus palabras, querido Izkar.

Nos convendría un poco más de vida física y una conveniente reducción de la intelectual.

Izkar torció el gesto.

—Te será muy difícil convencer al Consejo. Existe, en nuestra Era, un complejo de horror a todo lo físico, razonablemente derivado de las enseñanzas del pasado y me temo mucho que todos tus esfuerzos sean estériles. Los cronofilms de situaciones antiguas de la Humanidad, en los cuales se reproduce toda serie de conflictos bélicos entre los hombres, no coadyuvan precisamente a la implantación de tus ideas, Roder.

—Lo sé —murmuró el joven—. Es cierto que un anormal desarrollo de la actividad física, en contraposición con la intelectual, como sucedió en determinadas épocas de la antigüedad, podría acaso conducirnos a un similar estado de barbarie civilizada, donde el músculo lo sería todo y el cerebro no serviría más que para discurrir el medio mejor de aniquilar al contrario. Sin embargo...

No pudo continuar. Un hombre, joven y de agradable presencia, le salió al paso, saludándole respetuosamente.

—Excelencia...

—Hola, Esmiz —dijo el presidente.

Por la grave expresión que se veía en el rostro del aludido intuyó que sucedía algo que requería su inmediata atención.

Se volvió hacia su acompañante.

—Tendrás que dispensarme, Izkar. Parece ser que Esmiz tiene algo urgente que comunicarme.

—Así es, Excelencia —dijo el aludido.

Los dos amigos se separaron y Roder penetró en su despacho, una vasta pieza de forma semicircular, sobria y eficientemente amueblada y con todo el muro curvo construido en material transparente. Desde allí se divisaba una vista soberbia de la capital del Globo, un fantástico conjunto de edificaciones de poca altura, mezclado con profusión de jardines.

Roder pasó al otro lado de su mesa. Alargó la mano.

—Siéntese, Esmiz. ¿De qué se trata? ¿Alguna nueva crítica sobre mi afición a los ejercicios físicos? —sonrió.

—¡Oh, no, nada de eso, señor!

—¿Entonces…?

Esmiz bajó la vista unos momentos. Roder le observó y se dijo que el joven agente del Servicio de Investigación Temporal (SIT) parecía considerarse culpable de alguna infracción a los reglamentos.

—Vamos, vamos, Esmiz. No tema. Sabe que tiene en mí a un amigo más que a un superior. ¿Qué es ello? ¿Qué le sucede?

—A mí personalmente, nada, señor. Lo que tengo que comunicarle está relacionado con el Iniciador.

Roder frunció el ceño.

—¿Le ha ocurrido algo?

—No creo, señor.

—Tenga la bondad de explicarse, Esmiz. Encuentro su respuesta un poco confusa y me gustaría que la concretase.

—Verá, señor. Hace poco, con permiso del jefe del SIT estuve en… bueno, donde duermen el Iniciador y su esposa. Todo está normal: los aparatos renovadores del oxígeno, así como los que mantienen estática la temperatura ambiente, funcionan perfectamente. Pero… —Esmiz se interrumpió. Humedeció con la lengua sus labios y siguió—: Verá, señor. Aquello me ha parecido demasiado solitario.

—Es claro. Hace seis mil años la vida se extinguió totalmente cuando el Sol sufrió aquella alteración térmica de que nos habla la historia. ¿En qué época estuvo usted allí?

—Pues… unos ciento cincuenta años después de la Gran Catástrofe, señor. Gradué el cronomóvil para…

—Eso ya me lo supongo —contestó Roder con impaciencia—. No se ande por las ramas. ¿Qué es lo que vio?

—Todo el suelo está hecho un erial, aunque ya se ven indicios de que la vida vegetal comienza a renacer. De todas formas, da pena ver aquello, señor. Bien, no quiero seguir divagando. Lo que quería decirle es que está muy solo y que…

—¿Teme algo, Esmiz?

—No podría asegurarlo ni mucho menos concretarlo. Es… ¿cómo lo diría yo, señor? Algo así como una especie de presentimiento de que va a sucederles algo al Iniciador y a su esposa.

—¿Cómo va a sucederles nada, si yo, que soy su descendiente directo, estoy aquí? Y usted mismo, y todos cuantos vivimos. Si John Rhoderick y Arabel Corcoran hubieran muerto, la humanidad no podría haberse prolongado. Wiler y Lathio sufrieron el castigo correspondiente por haber tratado de provocar un cronoclismo, lo mismo que quienes, desde la altura, les ayudaron. Por lo tanto…

—Ya le dije que es una especie de presentimiento, señor. No se funda en nada sólido ni tangible, pero no puedo arrancármelo de la imaginación. En el momento en que estuve allí, les faltaban ciento cincuenta años para despertarse. Me gustaría que hubiera alguien con…

—¡Cómo! —se asombró Roder—. ¿Vigilantes?

Esmiz asintió con pesado gesto.

—Justamente, señor. Algo por el estilo. Podríamos destacar a unos cuantos agentes del SIT, naturalmente que relevándose cada determinado tiempo, para que vigilasen de continuo el lugar donde reposa el Iniciador. Así estaríamos más seguros de que al término que tienen señalado pudiesen despertar con toda normalidad.

Roder se acarició la mandíbula.

—Es cierto —dijo—. Tendríamos que hacer algo en ese sentido, Esmiz. Naturalmente, despertaron normalmente, puesto que yo estoy aquí. Pero no se nos ha ocurrido utilizar la cronovisión en épocas diferentes para ver si les había sucedido algo o les iba a suceder, y entonces intervenir para intentar evitar el posible cronoclismo.

—Eso es precisamente lo que yo trataba de sugerirle, señor. Como usted sabe, estamos en relaciones con los gobiernos de unas cuantas docenas de planetas relativamente cercanos al nuestro. No es la primera vez que oímos quejarse a algún prominente personaje extraterrestre de su exceso de población y de una fórmula para aliviar tal problema. Bien, lo que yo digo es esto. En la época en que la Tierra sufrió la Gran Catástrofe, también había otros mundos habitados, los cuales tendrían que sufrir también el mismo problema. Aquella gente, como hacen actualmente los primeramente citados casi de continuo,

podrían tener sus exploradores buscando nuevos lugares para su expansión demográfica. ¿Qué sucedería si una avanzada de ésas llegase a la Tierra en una época en que ésta se hiciese ya habitable, es decir, a partir del segundo siglo de la catástrofe?

Roder se echó hacia atrás en su silla, y levantó la vista al techo reflexionando profundamente durante unos momentos. Al cabo, se enderezó y avanzando el busto alargó la mano.

—¿Señor? —se oyó una voz femenina a través de un pequeño altoparlante.

—Que venga inmediatamente el jefe del SIT.

Hubo un corto silencio y después volvió a oírse la misma voz.

—Excelencia, me comunican que el jefe del SIT ha sido evacuado al hospital, aquejado de una grave dolencia.

Roder frunció el ceño.

—Está bien —dijo—; que venga el sustituto.

Los dos hombres aguardaron en pie unos segundos; después, al abrirse la puerta se pusieron en pie llenos de asombro.

Una mujer acababa de penetrar en la estancia, ataviada con el uniforme azul celeste del Servicio de Investigación Temporal: blusa de manga corta y «shorts» por encima de las rodillas, del mismo color. Era muy bella, de finas y esbeltas líneas, y en su hermoso rostro refulgían dos grandes pupilas de color verde claro, que en ocasiones, según incidía la luz sobre ellas, parecían fosforescer. El cabello era rojo y semejaba una llama viva coronando la maravilla de su cuerpo.

—Excelencia —murmuró la joven, pues realmente lo era, ya que apenas habría sobrepasado los veinticinco años.

—¿Quién es usted? —preguntó Roder, enormemente asombrado.

—Me llamo Azul Harket, señor, y soy, de modo accidental, el jefe del SIT, en sustitución de su jefe enfermo.

Roder parpadeó. Como Esmiz, era la primera vez que veía a la joven y su asombro igualaba positivamente a su desconcierto.

—Es la primera noticia que tengo de usted, señorita Harket —dijo.

Ella sonrió levemente.

—Lo siento, señor. Hace tan sólo dos días que ocupé mi puesto y...

—Está bien, no siga. Por mi parte, no sólo no siento la enfermedad de su jefe, sino que, mientras que no se muera, me alegro de ello. Así la he podido conocer a usted, señorita.

—Le ruego que me llame por mi nombre, Excelencia. Es la regla.

—¡Ejem! —carraspeó Roder—. Dispénseme, Azul. Por cierto, que es la primera vez que lo oigo, naturalmente, aplicado a una persona. Le cuadra muy bien.

—Gracias, señor —dijo ella, helando la sonrisa en su boca y adoptando una circunspecta actitud—. Tengo entendido que usted había requerido mis servicios.

—Así es, seño... digo Azul. Lo que tengo que explicarle es... Bueno, Esmiz, ¿por qué no se lo dice usted? A fin de cuentas, la idea es suya y yo me limito a refrendarla, si, naturalmente, el jefe del SIT la aprueba.

Azul volvió sus enormes ojazos hacia el agente.

—¿Por favor? —murmuró.

Esmiz lo dijo en pocas palabras. Al terminar, ella reflexionó durante unos instantes.

—Bien —dijo al cabo—. En principio, no hay inconveniente. Estoy enterada perfectamente del asunto y creo que puede hacerse. De esta forma también adiestramos a los agentes de nuevo ingreso en el servicio. Esto es fácil y sencillo y no les costará mucho trabajo.

—Adviértales que deben andarse con mucho cuidado, Azul, so pena de desencadenar un cronoclismo.

—Lo haré, señor. Puede dejar por entero el asunto en mis manos. ¿Tiene algo más que decirme?

Roder sacudió la cabeza y ella se retiró, dejando en la estancia, como rastro de su paso, la tenue fragancia de un perfume singular completamente desconocido para los dos jóvenes.

Cuando se hubieron quedado solos, Roder se echó a reír.

—Oiga, Esmiz, ¿de dónde ha salido esa beldad? ¡Qué callado se lo

tenía usted!

—Nadie me preguntó por ella —contestó el agente del SIT en el mismo tono—. Pero tengo entendido que es muy inteligente y que si ha llegado al puesto que ostenta no ha sido porque nadie le haya ayudado, sino por propios méritos.

—Se necesita tenerlos, desde luego. La subjefatura del SIT no se da a cualquiera, por supuesto —contestó meditabundo Roder. Guardó unos instantes de silencio, y añadió—: Tendré que hablar con ella más a menudo. Sí, creo que será muy conveniente. Ah, y cuando salga de aquí, llévele un ramo de flores.

Esmiz miró al presidente. Éste se echo a reír y le guiñó un ojo.

—No me refiero a ella, sino a su jefe, deseándole una «corta» estancia en el hospital, ¿me entiende?

El agente del SIT acompañó a Roder en sus risas.

CAPÍTULO II

Lucía en sus hombreras de áureo metal las tres piedras rojas que indicaban su cualidad de comandante de astronave de la Flota Imperial de Tharkonia, y todo su aspecto era el de un hombre duro, enérgico y decidido, implacable para los demás como para consigo mismo.

Su nombre era Phaladar y tenía fama de lograr objetivos que los demás habían abandonado por imposibles. Por ello, el Estado Mayor de la Flota tharkonita le había enviado a aquel oscuro rincón del cielo, con la misión de no regresar a la capital del Imperio sin la noticia de un nuevo planeta que colonizar.

En el momento actual, la estaba dando. Por lo menos, los prolegómenos.

Muchos se habían reído de Phaladar al saber la noticia. «Fracasará esta vez, se habían dicho, y su ascenso a general se le volatilizará». Phaladar lo había sabido -siempre suele haber un amigo fiel que le

informa a uno de todo cuanto sucede alrededor- y ya estaba disfrutando con la sorpresa que se llevarían sus agoreros enemigos, celosos de su prestigio y de su renombre, ganados a fuerza de valor y astucia, mezcladas ambas cualidades con una buena dosis de sacrificio.

Phaladar pulsó una tecla de su pupitre y al mismo, tiempo que se inclinaba hacia adelante.

—El texto del mensaje que se ha de enviar, por vía subespacial, con carácter de prioridad absoluta, es el siguiente:

Hallado demarcación cuatro-cinco-cero-cinco-uno-nueve planeta tipo punto atmósfera respirable punto tres cuartos agua por uno tierra sólida punto vegetación adaptable nuestras necesidades punto instrumentos señalan total ausencia vida inteligente punto estrella lumínica y calorífera situada setenta y cinco millones unidades distancia cualidades precisas para sobrevivencia punto destaco patrullas exploradoras objeto completar informes primarios que extenderé momento preciso punto transmitiré dentro siete revoluciones planeta sobre su eje fin del mensaje.

Cerró el contacto y suspiró satisfecho.

Alargó la mano, tomando una cajita que había sobre el pupitre. Abrió la tapa y con el índice y el pulgar extrajo una minúscula tableta de una sustancia verdosa, que paladeó golosamente.

«Ahora, pensó, no me rechazará esa orgullosa de Hysya. Ella es noble, ¿quién lo duda? A fin de cuentas, es prima del Emperador, pero ¿qué fue el padre del mismo Emperador? Empezó apaleando uranio en los hornos de las cosmonaves. Su madre, incluso, había sido vendedora de «szota». ¿De qué, pues, puede enorgullecerse esa plebeya? A fin de cuentas, si yo empecé de simple astronavegador de tercera...»

Los pensamientos del coronel Phaladar fueron súbitamente interrumpidos por la presencia de una mujer en su cabina. Precisamente aquella en la cual estaba pensando.

Se puso en pie, saludándola respetuosamente.

—Tu servidor, Hysya —dijo.

Ella le miró a través de sus largas pestañas. Era de mediana estatura, pero de perfectas proporciones y, Phaladar hubo de confesárselo a sí mismo, a pesar de su plebeya ascendencia, tenía en su porte y

maneras toda la dignidad de un aristócrata ennoblecido con la ascendencia de cien generaciones.

—He oído el mensaje que has enviado al Emperador, Phaladar —dijo ella con voz armoniosa.

Éste dijo:

—Por la urgencia del mismo, me permití ordenar lo transmitieran sin requerir tu aprobación. Espero no haberte ofendido, Hysya.

Ella agitó una mano negligentemente.

—Estoy aquí en calidad de Comisario Imperial, pero ya te dije al embarcar que no quería interferir en modo alguno tu labor de comandante de la nave. Sin embargo, me agradaría saber cuáles son tus planes para el futuro próximo.

Phaladar asintió.

—Verás, estamos reduciendo la velocidad. Orbitamos en torno al tercer planeta de este sistema, con el fin de tomar contacto con su suelo dentro de unas pocas horas. Entonces, despacharé seis patrullas, cada una provista de su nave auxiliar, con provisiones para un mes. Estas patrullas, independientemente de las cercanas exploraciones que hagamos nosotros, mantendrán contacto permanente con nosotros, informándonos de todo cuanto encuentren, para, al concluir de modo definitivo la exploración, rendir un completo informe de nuestra misión.

—¿Cuál es tu opinión acerca de este planeta, Phaladar?

—Creo —dijo lentamente el comandante de la astronave—, que podremos habitarlo.

—¡Eso sería magnífico! —exclamó ella impulsivamente.

Phaladar asintió:

—Por supuesto. Permitiría, cuando menos, el asentamiento de cuatro o cinco mil millones de personas, aliviando así una buena parte de nuestros excedentes humanos.

Ella dio un paso adelante.

—¿Puedo echar un vistazo?

—Naturalmente —respondió Phaladar, haciéndose a un lado respetuosamente.

Hysya movió una tecla y al instante una gran pantalla se iluminó ante ella. Un globo brillantemente iluminado, girando lentamente en la negrura del espacio, surgió en el vidrio deslustrado, refulgiendo como una inmensa bola de plata azul suspendida entre millares de estrellas.

—¡Es maravilloso! —comentó la joven en voz baja.

—En efecto, pocos de nuestros planetas alcanzan la belleza del que tenemos frente a nosotros. Pero, aguarda un momento…

Phaladar movió una palanca y al instante la imagen de aquel globo fue aumentando de tamaño, hasta llenar totalmente la pantalla. El aumento del objetivo siguió hasta poderse percibir con toda claridad los continentes y los mares, resplandeciendo bajo la luz del sol.

—No cabe duda de que has realizado un hallazgo sensacional, Phaladar. Con esto darás un mentís a quienes sostenían que no podía existir ningún planeta habitable en este rincón del espacio. Informaré a mi primo, el Emperador, cuando hayamos regresado a Tharkonia.

Phaladar se inclinó.

—Me basta con saber que he cumplido con mi deber, Hysya.

Y luego, los dos se miraron durante un instante, fijos los ojos del uno en los del otro.

Al fin, ella rompió el silencio, levemente enrojecidas las mejillas.

—No dejes de avisarme del momento en que se inicie la exploración, Phaladar.

—Así lo haré, Hysya.

Dos días más tarde, la astronave, un colosal artefacto de varios centenares de metros de longitud por unos setenta u ochenta de grueso, en forma de cigarro puro, se detenía a pocos metros del suelo.

Varias escotillas se abrieron, dejando paso cada una de ellas a una pequeña navecilla, en cuyo interior iban tres o cuatro hombres. En total eran seis, las cuales partieron de inmediato en varias direcciones.

Desde una de las escotillas, Hysya contempló el paisaje que tenía ante sí. Frente a ella se veían unas montañas, abruptas, aunque de poca

altura, en tanto que al lado opuesto había una gran llanura cuyos límites alcanzaban más allá de la vista humana.

Las montañas estaban muy cerca, apenas a un par de kilómetros de la nave y se hallaban cubiertas de una frondosa vegetación, que apenas si era visible en la llanura, en la cual no se percibía, cuando menos a simple vista, ningún accidente hidrográfico.

—No parece ser muy agradable esta zona —murmuró la joven.

—Tampoco creo que hayamos de juzgar el resto del planeta por lo que estamos viendo. ¿Una tableta de «szota»?

Ella accedió. Charlaron de temas indiferentes durante un buen rato y luego se retiraron al interior de la nave.

Permanecieron en aquel lugar durante varios días, haciendo de vez en cuando cortas exploraciones a pie por los lugares inmediatos. Al atardecer del octavo día de su estancia allí, apareció de regreso la primera patrulla exploradora.

Tett, su comandante, emitió el informe.

—No hemos hallado el menor rastro de vida animada, señor —dijo—. Pero puedo adelantarte que, en tiempos, existió aquí una floreciente civilización que debió de alcanzar un grado elevadísimo de cultura. Por las causas que fueran -es demasiado prematuro todavía aventurar un juicio concreto sobre ellas- tal civilización desapareció, extinguiéndose totalmente. Hemos hallado numerosas ciudades, naturalmente en ruinas, todas ellas deshabitadas. De muchos de los edificios apenas si queda otra señal que los escombros, pero hay otros cuya estructura principal se mantiene en pie. Eran elevadísimos algunos de ellos, alcanzando hasta dos y trescientas unidades mínimas de medida en su altura. También hemos hallado indicios de que los habitantes de este globo conocieron los rudimentos de la Astronáutica, aunque ignoramos el grado de capacidad a que pudieron llegar en esta rama de la ciencia.

El informe de Tett, minuciosamente registrado por la máquina correspondiente, duró largo rato, escuchado por Hysya y Phaladar con reverente atención. El informe incluyó también un estado de la exploración acerca de las condiciones de vida en áreas que anteriormente no hubiesen estado edificadas, hallándolo positivamente favorable.

A medida que en días sucesivos iban llegando las restantes patrullas

de exploración, el resto de los informes fue igualmente favorable. Todos coincidieron en lo mismo: había existido la vida inteligente, pero ya no se advertía ningún signo de la misma, a no ser en algunos seres que habitaban en el fondo de las aguas o en otros, de clase mucho más inferior todavía, que se arrastraban por el suelo devastado por la catástrofe, y a los cuales les haría falta transcurriesen varios centenares de millones de años antes de sufrir una transformación biológica que les permitiese alcanzar una inteligencia razonable.

En el vigésimo cuarto día de su estancia en aquel planeta, reunidos todos los informes, Phaladar empezó a disponer todo lo necesario para la marcha. Las navecillas fueron izadas a bordo, en tanto que los jefes de las distintas secciones pasaban lista para comprobar si les faltaba algún componente de las mismas.

Cuando ya todo estaba listo para zarpar, el comandante advirtió que faltaba una persona.

—¿Dónde está Hysya? —preguntó a su segundo, sentado al lado de él en el puesto de control.

—Pues… —y el oficial se calló, no sabiendo qué responder.

Phaladar pidió comunicación con la cámara de la joven, sin obtener la menor respuesta.

Frunció el ceño.

—¡Que la busquen inmediatamente en cualquier sitio que esté! —rugió, colérico, pues harto sabía la responsabilidad que le alcanzaba si a la joven le sucedía algo.

Pero ninguno de los ochocientos miembros de la dotación supo dar el menor indicio del lugar en que se encontraba la prima del Emperador. Phaladar juró y maldijo, atemorizando a todos cuantos se encontraban a su lado, haciendo que se suspendieran inmediatamente todos los preparativos de marcha.

Pegó un puñetazo a un control y lanzó un bramido:

—¡Patrullas de rescate números seis, siete y doce! ¡Alístense en el acto! ¡Su Alteza Hysya ha desaparecido y es urgente encontrarle cuanto antes! ¡El resto de la dotación adoptará las medidas de emergencia! ¡Pronto, pronto!

Una frenética actividad invadió a todos los componentes de la

tripulación. Tres escotillas se abrieron y las grúas bajaron al suelo sendas navecillas, ocupadas cada una de ellas por seis hombres fuertemente armados. Phaladar dirigía personalmente las operaciones, dándose a los diablos por aquel inesperado incidente que tanto podía comprometerle, aunque en su interior no sabía si le preocupaba más la suerte personal de la joven que su propia carrera.

Pero cuando ya estaban las naves a punto de zarpar, un vigía lanzó un grito.

—¡Ahí está! ¡Ahí viene!

Phaladar se abalanzó sobre una ventanilla, provisto de un par de prismáticos de gran alcance. Centró el foco y pudo ver la silueta de la joven, que corría aceleradamente hacia la cosmonave, agitando con frenesí los brazos.

Phaladar no tardó en adoptar una decisión. Dejando los prismáticos a un lado, tomó un cinturón del cual pendía una pesada pistola desintegradora y salió de la cámara, dirigiéndose a la carrera hacia la escotilla más próxima.

Era ágil y fuerte y no necesitó otra cosa que sus brazos para descolgarse hasta el suelo por medio de uno de los cables de las grúas. Corrió hacia ella y le preguntó inmediatamente:

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Te persigue alguien?

Ella movió la cabeza. Estaba sofocada por la violencia de la carrera y por algo más. Su seno subía y bajaba rápidamente a impulsos de su jadeante respiración.

—No… no me sucede nada… Lo… lo que pasa es que he… he visto señales de vi… vida…

—¿Eh? ¿Estás segura? «Tendría gracia —pensó Phaladar—. Ninguno de mis exploradores ha sabido encontrar nada y esta… esta…»

Hysya se volvió, señalando con el brazo un punto situado en las montañas.

—Allí… —dijo todavía con la respiración alborotada—. He visto… he visto… Pero ¿por qué no te vienes mejor conmigo y lo compruebas con tus propios ojos?

—¿Hay personas? —preguntó él.

—No, sólo he visto unos edificios que no parecen hallarse en tan mal estado como los que vieron los exploradores. ¡Vamos, Phaladar, quiero explorar más a fondo aquello!

El comandante asintió. Se volvió y dio unas órdenes.

—Continúa el estado de emergencia. Que venga el capitán Tett y tres de sus hombres. Tú —se dirigió al segundo—, hazte cargo del mando de la nave en mi ausencia. A ver, que nos alisten una navecilla auxiliar.

El capitán Tett llegó pocos momentos después, seguido por tres soldados fuertemente armados, incluso con corazas antidesintegrantes. Y las seis personas ocuparon al instante la cabina de la navecilla.

Pilotado por el propio Phaladar, el aparato despegó del suelo, volando raudamente en la dirección señalada por la muchacha.

A dos kilómetros de la cosmonave, la cual tenía enfilados hacia allí sus poderosos cañones desintegradores, capaces cada uno de ellos de carbonizar una ciudad de mediano tamaño con una sola de sus descargas, sobrevolaron una pequeña colina, de áspero trazado, hallándose al instante encima de un valle de reducida amplitud, en cuyo fondo, y a orillas de una delgada corriente de agua, se veía una casa.

A unos cincuenta metros del edificio, bastante bien conservado, se divisaban los restos de un pequeño muro, que antiguamente debía de haber servido para represar las aguas del arroyuelo. En cuanto al edificio propiamente dicho, se componía de dos cuerpos, unidos entre sí por medio de un puente cubierto, situado a la altura del primer y único piso de la construcción.

Phaladar detuvo la navecilla, a poca distancia de la casa. Maniobró en el mando de apertura y la cáscara transparente saltó a un lado.

Bajaron, desplegándose precautoriamente. Salvo el rumor del arroyo, el silencio era total, absoluto. No se advertía el menor signo de vida, ni tampoco lo pudieron hallar en el interior del edificio, más destrozado por el paso de los tiempos que lo que permitía suponer el aparente buen estado de sus muros.

Al terminar la exploración, Phaladar miró a la joven.

—No hay ningún ser vivo aquí —dijo acusadoramente.

Ella enrojeció.

—Yo no quise decir que lo hubiera y, si lo dije, evidentemente no supe explicarme bien. Fue algo así como un presentimiento, algo que no se puede decir con palabras pero que...

Tett la interrumpió súbitamente.

—¡Creo que Su Alteza tiene razón! ¡Mirad el detector!

El capitán tenía un objeto en las manos, en el cual se veía titilar débilmente una lamparita de color rojo, al mismo tiempo que de un diminuto orificio situado al lado de la luz salía un suave sonido, que se repetía de modo rítmico y sostenido.

—En todo el tiempo que lo he usado durante mis exploraciones en este planeta lo vi funcionar —dijo Tett muy excitado.

Hysya chasqueó los dedos.

—¿Lo ves, Phaladar? Mis presentimientos se están convirtiendo en realidad. Aquí hay alguien que vive.

Phaladar asintió, muy pensativo.

—Busca la orientación activa del detector, Tett.

El aludido obedeció, haciendo girar el aparato, del cual sobresalía un alambre enrollado en espiral, hasta que la intensidad de la luz pareció activarse y el volumen de los «pips pips» creció un tanto.

—Creo que estamos en el buen camino —dijo.

Phaladar hizo una observación.

—Tendremos que explorar desde fuera de la casa. Aquí —y su mano señaló el muro más próximo—, no tenemos otra cosa que una pared. Salgamos fuera.

Al girar sobre sí mismo, con el detector en las manos, la actividad del aparato decreció hasta casi extinguirse. Pero una vez hubieron salido fuera y el aparato estuvo orientado de nuevo, la luz y el sonido volvieron a recobrar su volumen.

Siguiendo las indicaciones del detector, la patrulla avanzó por una ladera escarpada, ascendiendo por ella con bastantes dificultades. Mientras lo hacían, Phaladar previno a su segundo, señalándole

habían hallado rastros de vida y pidiéndole enviase refuerzos armados por si precisaba su intervención.

Al terminar la ascensión, se hallaron en una meseta cubierta de matorrales, la cual atravesaron en dirección a la falda de una montaña cubierta de una espesa vegetación. Los chispazos de la lámpara eran cada vez más intensos y el volumen de los sonidos hería ya duramente los oídos.

Pero ninguno de los expedicionarios percibía el ruido. Las indicaciones del detector no podían fallar y la excitación que se había apoderado de ellos les impedía pensar en otra cosa que no fuera el próximo hallazgo.

Al terminar la meseta, se vieron obligados a emprender la ascensión por la falda de la montaña, sorteando árboles y matorrales. Por encima de ellos, escoltándolos previsoramente, volaba media docena de navecillas con las armas a punto.

Súbitamente, una negra abertura apareció ante los asombrados ojos de los expedicionarios. Las indicaciones del detector aumentaron de modo estridente.

La entrada de la cueva estaba casi cubierta por un espeso grupo de matorrales. Phaladar sacó su pistola y lanzó unas cuantas descargas de baja potencia. La suave brisa que corría se encargó de disipar prestamente la leve humareda causada por la instantánea combustión de las plantas.

Esperaron unos segundos antes de resolverse a penetrar en la negra oquedad. Al fin, Phaladar dio un paso adelante, sosteniendo en la mano izquierda una lámpara que disipó de modo instantáneo las tinieblas.

El suelo de la cueva perdía altura a medida que se internaban en ella, de tal modo que se dirigía rectamente hacia el corazón de la montaña. Hysya se cogió del brazo de Phaladar y éste pudo percibir con toda claridad la palpitante excitación de la muchacha.

Súbitamente, un obstáculo se alzó ante ellos. Era un muro de roca, de forma irregular, pero no tanto que no se advirtiese estaba construido por una mano dotada de inteligencia.

Phaladar se detuvo ante el muro y lo estudió atentamente durante unos segundos. Al fin, resolviéndose, alzó la pistola.

Un minuto más tarde, tenían el paso libre. Ahora se dieron cuenta de que la pendiente se agudizaba más todavía, de tal modo que tuvieron que caminar con cuidado, con objeto de no sufrir una intempestiva caída, que pudiera dañarles.

Nadie hablaba, atentos únicamente al chirrido del detector cuya lámpara continuaba emitiendo destellos rojos cada vez más intensos, tanto que se reflejaban tenuemente en el techo de lo que ya era un túnel, cuya anchura era suficiente para permitir el paso de tres o cuatro personas a la vez. De tanto en tanto, sus pisadas resonaban con lúgubres ecos, que rebotaban por los muros, perdiéndose a lo lejos.

Bruscamente, la pendiente se estabilizó adquiriendo un nivel completamente horizontal. Y la joven lanzó un agudo grito, al mismo tiempo que se agarraba con fuerza al brazo de Phaladar.

—¡Ahí, ahí! ¡Mirad!

Phaladar levantó su linterna y, al igual que Hysya, no pudo contener una exclamación.

Frente a ellos, a una distancia de diez metros, quizá menos, se alzaba un segundo obstáculo. Pero éste ya no era de piedra, sino de un metal que brillaba refulgentemente al devolver el haz de rayos de la lámpara.

Con las debidas precauciones, Phaladar avanzó hasta tocar con la mano el muro de acero, hallándolo absolutamente liso, excepto una fina línea apenas perceptible a simple vista, que indicaba la existencia de una puerta, cuyo mecanismo de apertura no era visible desde el lugar en que se hallaban.

—Creo —murmuró al cabo de unos momentos de atenta observación —, que hemos llegado.

CAPÍTULO III

Roder alargó la mano y tocó un conmutador.

—¿Excelencia?

—Haga venir al jefe del SIT.

—Sí, Excelencia.

Roder se puso en pie, y se acercó al amplio ventanal de su despacho, desde el cual se divisaba la ciudad. Al otro lado de la misma, ya muy cerca del horizonte, se veía un destello que indicaba el reflejo de los rayos del sol contra la superficie del lago en cuya ribera se hallaba edificada la capital del Globo.

Roder permaneció unos momentos inmóvil, meditabundo, hasta que un leve ruidito que sonó a sus espaldas le arrancó de sus melancólicos pensamientos. Eran muchos los problemas que tenía que resolver en aquellos días.

—¿Excelencia?

El joven se volvió. Contempló con mal disimulada admiración las esbeltas líneas del gallardo cuerpo de Azul Harket.

—¡Ejem…! Señorita…

—Azul es mi nombre, Excelencia —le corrigió ella.

—Bien, le ruego me dispense. Todavía —sonrió el joven— no he podido acostumbrarme a que una mujer… Bueno, mejor será dejarlo.

Ella sonrió también.

—Sí, eso creo —dijo suavemente—. ¿Deseaba algo de mí?

Roder asintió.

—Por supuesto, Azul. Tengo la intención de hacer un viaje temporal y desearía su aquiescencia, para poder utilizar un cronomóvil.

—Vuestra Excelencia sabe que puede pedirlo cuando lo desee —repuso ella.

—No obstante, me disgustaría hacerlo sin que lo supiera el jefe del SIT. No me agrada interferir las funciones de mis subordinados, salvo en casos muy excepcionales.

—Muy amable, señor. Daré las órdenes oportunas a fin de que el cronomóvil sea alistado inmediatamente. ¿Es indiscreto preguntarle si va a viajar a una época muy lejana?

—A unos cinco mil setecientos años, Azul.

Ella se estremeció. Pero no opuso ninguna objeción.

—De acuerdo, Excelencia. ¿Cuándo desea emprender la marcha?

—En el momento en que usted me lo indique, Azul.

—Tenemos siempre un cronomóvil dispuesto para casos de emergencia, señor. Si usted lo desea…

—¡Magnífico! Vamos al instante.

Roder cruzó la estancia y se dirigió hacia la puerta, que mantuvo abierta para que ella pudiera pasar, galantería que Azul agradeció con una leve inclinación de cabeza.

Recorrieron el amplio pasillo, cruzándose con algunas personas empleadas en la sede de gobierno y que les saludaban respetuosamente, aunque sin servilismo. Pronto llegaron ante una puerta, celosamente vigilada por un soldado, que adoptó una rígida actitud al verles llegar.

Era un ascensor, que les llevó diez pisos más arriba, ante otra puerta, ésta vigilada por dos individuos con el azul uniforme del SIT.

Sobre la puerta había un rótulo.

S. I. T. DEPARTAMENTO DE VIAJES TEMPORALES

(Cronomóviles)

Rigurosamente prohibido el acceso a ninguna persona que no pertenezca al Servicio.

Azul abrió la puerta y los dos cruzaron el umbral, hallándose al instante en una vasta terraza de forma circular, cubierta por una gigantesca cúpula transparente, situada en la cúspide del edificio.

En la terraza se divisaban varios cronomóviles, en torno a los cuales se afanaban varios individuos, revisando y examinando sus controles.

Uno de ellos se destacó al verles.

Era el agente Esmiz.

—Me alegro de encontrarle en mi departamento, señor —dijo.

—Gracias —contestó el presidente—. Hacía días que no nos veíamos.

—¿Va a efectuar algún cronoviaje, señor?

—Sí, y ya puede suponerse dónde, Esmiz.

El agente movió la cabeza afirmativamente.

—Le he comprendido, señor. Siempre tenemos un cronomóvil dispuesto para casos de necesidad. ¿Puedo preguntar si viajará solo o…? —y Esmiz se interrumpió, mirando de reojo, con moderada socarronería, a su jefe.

Las mejillas de Azul se colorearon levemente. Roder sonrió.

—Se lo diremos a ella. ¿Quiere usted acompañarme, Azul?

—Si no le voy a servir de estorbo…

—Por cierto que no —contestó el joven—. Todo lo contrario.

—Entontes —dijo Esmiz—, hagan el favor de venir conmigo.

El agente les llevó hasta uno de los cronomóviles.

Éste era un artefacto en forma de semiesfera, totalmente transparente, con una plataforma en la cual se veían cuatro cómodos sillones, en dos filas de a dos, sin ruedas de ninguna clase. Frente a los dos primeros sillones se veía una columna cilíndrica, de unos veinticinco centímetros de grueso, que se ensanchaba en su parte superior en una especie de tablero de mandos, en el que se veían varias esferas e indicadores. El tablero era plano, de unos diez centímetros de espesor, por cincuenta o sesenta de lado, y estaba ligeramente inclinado hacia los asientos.

Roder se echó a un lado y extendió la mano. Azul «atravesó» la cáscara transparente sin necesidad de abrirla, y el joven la siguió. Se sentaron en sus respectivos sillones.

Las manos de Roder manejaron hábilmente los controles. Había una esfera que correspondía a los siglos, otra a los años, otra a los meses, y así una por cada unidad de medida de tiempo hasta llegar a los segundos.

Roder llegó hasta la esfera de las horas, atentamente observado por la muchacha.

—¿Adónde va usted, Excelencia?

—Quiero trasladarme hasta unos minutos antes del despertar del Iniciador y aguardar su salida. De este modo comprobaré que todo se ha realizado sin la menor novedad.

—¿Por qué temer nada, señor? —dijo ella—. ¿No estamos aquí?

Con una mano apoyada en la tecla de arranque, Roder miró a su compañera de viaje.

—Estamos aquí, es cierto; pero ¿sabemos algo de lo que le ocurrió al Iniciador? Nuestro deber es prevenir todas las contingencias y actuar de un modo acorde con lo que observamos, evitando así un posible cronoclismo.

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—Muy bien, Excelencia; usted manda.

El joven pulsó la tecla de arranque y al instante todo cuanto les rodeaba se desvaneció.

Círculos de mil colores empezaron a girar vertiginosamente en torno a ellos, devanándose en un fondo gris, de tétrico aspecto. Impulsado por sus potentes motores, el aparato empezó a recorrer el sendero de los siglos en sentido inverso.

Pasaron unos minutos. Súbitamente, los colores empezaron a desvanecerse hasta que, de pronto, una brillante claridad estalló ante sus ojos.

Roder lanzó un suspiro de alivio al verse ante un lugar que él conocía muy bien. Cortó el contacto y se puso en pie.

Los dos salieron a la diminuta explanada que había ante la entrada de la cueva. Pero apenas lo había hecho, una garra helada pareció oprimir con sus fríos dedos el corazón del joven.

—¡Aquí ha sucedido algo! —exclamó, señalando con el dedo la boca de la cueva, totalmente limpia de las malezas que la habían cubierto casi totalmente hasta entonces.

—¿Está seguro, señor?

Roder asintió con la cabeza.

—Absolutamente. Vea la entrada al túnel. Antes había una gran cantidad de plantas espinosas que dificultaban notablemente el acceso a la misma. Mire —y adelantó la mano izquierda en cuyo dorso se veía una larga línea blanca—: todavía se advierte la cicatriz que me hizo una espina al intentar apartar los matorrales. ¡Y ahora no hay ninguno!

—Han podido arder en algún incendio —sugirió ella.

—La última vez que los vi faltaban ciento cincuenta años para el despertar del Iniciador y su esposa. Ahora estamos a menos de una hora del momento en que tienen que volver a la vida. Si hubieran ardido entonces, hubieran vuelto a crecer y, de suceder en época más reciente, quedaría algún rastro de ceniza. ¡Pero aquí no se ve absolutamente nada!

Azul se dio cuenta del tono consternado en que hablaba el presidente.

—Bien —murmuró—, ¿y por qué no pasamos al interior? Así podremos ver qué es lo que ha sucedido, si es que realmente...

Pero él ya no la escuchaba. Regresando junto al cronomóvil, había tomado una antorcha mecánica, que encendió justo en el momento de franquear el umbral del túnel.

La pareja inició el avance. Unos minutos más tarde, se detenían ante una brecha abierta en lo que había sido un muro de piedras.

Roder estudió atentamente el terreno. No tardó en llegar a una conclusión.

—Aquí ha estado alguien, Azul.

—¿Usted cree? —preguntó ella, empezando a sentir cierto temblorcillo en las piernas. Roder extendió el brazo.

—Fíjese, Azul. Esto era un muro de piedras, construido por el profesor Meier, para un mejor aislamiento de la cueva donde dormían el Iniciador y su esposa. Lo hizo él en persona, poco antes de sucumbir al infernal calor que se desarrolló cuando la corteza del Sol aumentó su actividad. Eran piedras solamente, sin ninguna argamasa que las uniera, pero muy bien colocadas, de tal modo que se hubiera necesitado un verdadero esfuerzo para derruir el muro. ¿Qué es lo que ve usted ahora?

—Pues... pues un agujero, que deja paso justo para una persona.

—Pero ¿dónde están las piedras que faltan? Tendrían que hallarse desparramadas por el suelo, de haber sido quitadas por la mano. Y no se ve ninguna a un lado ni a otro de lo que resta del muro. ¿Se da cuenta?

Ella asintió. Luego, acercándose más al muro, estudió un trozo del mismo con infinita atención.

—Parece —observó— como si hubieran sido quemadas. Pero no, eso es imposible. Se necesitaría...

—Se necesitaría un instrumento muy poderoso para conseguir tales efectos. Y siendo obvio que la vida humana no se desarrolló hasta el despertar de Rhoderick y Arabel, es obvio, pues, pensar que...

Roder no concluyó su frase. Ella, estremecida, le miró.

—¡Oh, no, no, Dios mío! —exclamó—. ¿Trata de sugerirme la presencia de unos seres extraños, no nacidos en nuestro planeta?

Roder asintió, sin pronunciar palabra. Luego, volviéndose, cruzó la brecha.

Cinco minutos más tarde se detenían ante una puerta de acero, abierta de par en par, al otro lado de la cual se divisaba una habitación brillantemente iluminada.

¡La habitación estaba vacía!

El vacío era absolutamente literal, excepto por dos lechos que había en el centro y que era indudable habían servido para el reposo de las dos personas que habían reposado durante tres siglos en aquel lugar. Todo lo demás, muebles, aparatos científicos para conservarles la vida, libros, todo, todo, había desaparecido por completo, quedando en su lugar una desoladora vacuidad.

Roder observó consternadísimo el lugar. Salvo una gran lámpara situada en el techo, no quedaba allí nada que pudiera proporcionarles el menor indicio de cómo se había llevado a cabo semejante expolio. Ni una pisada, ni una huella, nada, nada en absoluto que pudiera proporcionarles el menor indicio.

—Han desaparecido —murmuró ella, amedrentada—. Se los han llevado.

—Sí —contestó Roder—. Pero estoy por asegurar que no han sufrido hasta ahora el menor daño.

—¿Por qué?

—Fíjese en que todo ha quedado completamente limpio. Si se hubiera tratado de unos salteadores corrientes, el desorden se hubiera hecho perceptible a primera vista. No les hubieran interesado los cuerpos, que habrían yacido por tierra, en cualquier postura, sino los objetos de valor, dejando otros que no les hubieran servido para nada. Incluso los colchones de las literas hubieran sido desventrados... y como puede ver, aquí no ha sucedido nada. El saqueo ha sido ordenado y metódico.

—Esto me da una idea —dijo ella muy pensativa—. Si no les han querido causar ningún daño, puede tratarse de una expedición organizada por gentes de otro planeta, con fines científicos. Naturalmente, al hallar esta entrada, se han llevado todo cuanto puede servirles en sus investigaciones y entonces...

Ella se interrumpió, con los ojos súbitamente dilatados por el espanto.

—¡Roder! —exclamó, olvidándose del tratamiento.

—¿Qué le sucede ahora, Azul? —exclamó él, muy preocupado.

—Se me acaba de ocurrir una idea. ¡Pero no; sería demasiado horrible, espantoso...!

—Vamos, explíquese de una vez —dijo él con aspereza— ¿De qué se trata?

—Imagínese que esas gentes no tienen nuestra figura. Usted sabe de sobra que no es preciso poseer apariencia humana para tener inteligencia. Llegan aquí esos seres, cuya forma no soy capaz de imaginarme, y se encuentran dormidas a dos personas de una constitución anatómica completamente distinta a la suya. Por lo tanto, es lógico que se las lleven para estudiarlas y...

—¡Dios mío! —exclamó Roder, estremeciéndose al pensar en su antepasado, sometido a un fantástico experimento de vivisección—. Sería horrible.

—Afortunadamente —dijo ella, recobrando la entereza—, estamos en condiciones de impedirlo.

—Tendremos que andar con mucho cuidado, si no queremos provocar un cronoclismo.

—Por supuesto, pero esto, en los otros seres, no nos importa. Ellos, desde el momento en que vienen de otro mundo, ya viven un tiempo absolutamente distinto al nuestro. Es a Rhoderick y a Arabel a los que tenemos que salvar. Y lo haremos inmediatamente.

—Exacto. Retrocederemos aún más en el tiempo, haciendo los tanteos suficientes hasta encontrar a esos individuos. De todas formas —concluyó el joven—, no creo que haga tanto que se los han llevado.

—¿En qué se funda usted para afirmarlo tan rotundamente?

Roder señaló hacia las literas.

—Todavía —contestó—, conservan la forma de sus cuerpos. A pesar de que han estado durmiendo durante trescientos años, el tejido que compone la colchoneta es elástico y con el tiempo tiende a adquirir su lisura habitual, cosa que no ha sucedido aún. Por otra parte, hay aquí algunas partes metálicas no protegidas que no se han oxidado todavía. Estoy seguro de que no hace ni una semana que se los han llevado.

—Entonces, salgamos. ¡Al cronomóvil, pronto!

Echaron a correr, cogidos de la mano. Unos minutos más tarde, se hallaban sentados en el aparato.

Roder empezó a manipular en los mandos, buscando un punto temporal situado una semana más atrás.

El primer intento resultó un fracaso, lo mismo que el segundo y el tercero. Pero en el cuarto pudieron ver algo que les llenó completamente de asombro.

Una mujer, joven y esbelta, corría a toda velocidad, atravesando la meseta en dirección a la llanura. Iba sola y parecía espantada o atemorizada por algo que ninguno de los dos podía adivinar.

Azul lanzó un grito.

—¡Ahí está! ¡Mírela, es Arabel, la esposa de John Rhoderick!

—No. Arabel era rubia, en tanto que ésta que vemos es morena.

—¿Adónde se dirigirá?

—Lo sabremos enseguida —contestó él, saliendo del cronomóvil.

La muchacha había desaparecido ya.

Azul le siguió y luego los dos caminaron hasta hallarse al borde de la meseta en donde contemplaron un espectáculo que les dejó con el aliento en suspenso.

A unos dos kilómetros de distancia se veía una nave colosal, ocupando un inmenso espacio en la llanura, y suspendida sobre ésta a unos diez o doce metros de distancia. Los dos costados de la nave estaban punteados por infinidad de claraboyas, en algunas de las cuales, a pesar de la luz del día, se veía la iluminación interior.

Un poco más cerca, la joven de los cabellos negros cruzó el valle donde estaba situado el edificio y remontó la pendiente de la colina opuesta, pasando al otro lado, en donde volvió a desaparecer.

—Es evidente —murmuró— que esa mujer va a avisarles del hallazgo de la cueva.

—Tenemos que impedirlo, Roder —dijo ella, asiéndole nerviosamente del brazo.

—Sí, aunque me alegra saber que, por lo menos, son personas iguales a nosotros.

—Pero no sabemos cuáles pueden ser sus sentimientos, Roder.

—Eso es verdad. Volvamos al cronomóvil.

—¿Qué es lo que piensa hacer?

—Esa joven avisará ahora a la tripulación de la nave. Destacarán una patrulla de exploración. Calculo que tardarán, entre unas cosas y otras una hora cuando menos. Por lo tanto, avanzaremos una hora más y...

Roder se sentó ante los mandos del aparato y empezó a manejar los controles. Pero estaba un poco nervioso.

Lo hizo impensadamente, por supuesto; y, sin advertirlo, su dedo pulsó la cifra cero en la casilla correspondiente a las horas, después del uno, de modo que, cuando el cronomóvil volvió a materializarse en el mismo sitio, habían transcurrido ya diez horas desde el momento en que advirtieran la presencia de la nave.

CAPÍTULO IV

Eran muy inteligentes los habitantes de este planeta —dijo Phaladar.

—¿En qué te fundas para hacer tal afirmación? —preguntó Hysya.

Phaladar extendió su mano en semicírculo.

—Mira. Ahí tienes a dos personas durmiendo plácidamente, ajenas por completo a nuestra presencia. Puedes ver también toda clase de utensilios, libros, aparatos científicos... hasta animales en período de hibernación. ¿Qué es lo que quiere decir todo esto? Posiblemente sólo una cosa: que un día han de despertar ese hombre y esa mujer y han de comenzar aquí una nueva vida, acompañados de los animales que duermen con ellos y auxiliados por los instrumentos que aquí fueron almacenados.

Hysya asintió.

—Es muy posible que sea como tú dices, Phaladar. Pero no debes olvidar una cosa: que estamos aquí como exploradores.

El comandante arqueó las cejas.

—¿Qué es lo que tratas de insinuar?

—Me gustaría que me hubieras comprendido desde el primer momento —repuso ella con acento impaciente—. Hemos de llevarnos a la nave todo lo que hay aquí. Todo, absolutamente, incluida la pareja.

Phaladar dio un respingo.

—¡Por los once soles del Imperio, Hysya! ¿Te das cuenta de lo que dices?

Ella le miró con gesto helado.

—Yo sí —contestó con duro acento—. Tú, en cambio, olvidas el rango de la persona con la cual estás hablando, Phaladar.

—No, no lo he olvidado. Hysya, sé que eres la prima del Emperador y, por lo tanto, tienes categoría de princesa, pero...

—Da las órdenes para que lo transporten todo a la nave, Phaladar —le interrumpió fríamente.

Phaladar no se movió.

Los ojos de Hysya arrojaron chispas de cólera.

—¿Me has oído? ¿A qué esperas, villano?

—Hysya, tú no puedes cometer tal crueldad —objetó Phaladar—. Permíteme que te señale las particulares circunstancias que concurren en el hallazgo que hemos tenido la fortuna de realizar. Estos dos seres están durmiendo aquí y su sueño tiene un fin claramente preconcebido. Un día habrán de despertarse y entonces comenzarán los trabajos para reconstruir todo lo que nosotros hemos hallado en ruinas. Tendrán hijos y…

—Todo eso me lo supongo —contestó ella sin abandonar su tono impertinente—. Pero nuestro Imperio necesita este planeta. Por lo tanto, tú harás lo que te ordeno, Phaladar.

—Si los llevamos con nosotros, no podrán cumplir con la misión que les han encomendado. La humanidad que habitaba aquí fue destruida, es evidente.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno. Habrá otros seres humanos, también. No sus descendientes, pero sí los nuestros. ¿Qué más da, unos que otros?

El rostro de Phaladar se ensombreció.

—Recuerda nuestras leyes, Hysya. No se puede colonizar ni ocupar un planeta que ya está ocupado, a menos que lo consientan sus habitantes.

—¿A qué habitantes te refieres? —preguntó ella con sarcasmo.

Phaladar extendió el brazo, señalando hacia las dos personas que continuaban sumidas en un plácido sueño.

—Los tienes ante tu presencia.

—¿Ésos? Están dormidos. Y, cuando se despierten, posiblemente no se acordarán de lo que les sucedió. En Tharkonia nos encargaremos de que no les falte nada, no te preocupes.

—Te los llevas contra su voluntad, Hysya, y no se puede…

Ella, dio una impaciente patadita en el suelo.

—¿Tendré que recordarte quién soy, Phaladar?

—Me disgustaría, entonces, hacerte ver que todavía soy el comandante de la nave. Y, por si en tu linda cabecita bullen pensamientos relacionados con la palabra destitución, te diré que sólo puedo ser desposeído de mi rango en virtud de una orden imperial o bien por acuerdo del consejo de oficiales de la nave, en caso de grave enfermedad psíquica o traición. Mientras tanto…

—Mientras tanto —le cortó ella una vez más— te has olvidado de que no te encuentras a bordo de tu nave, de cuyo mando jamás se me ocurriría desposeerte, sino fuera de ella, en donde tu autoridad está completamente supeditada a la mía, como Comisario Imperial que soy. Y por lo tanto, en presencia del capitán Tett y sus hombres, para que en el futuro no puedas alegar vicio ni procedimiento de forma, te ordeno hagas lo necesario para que este hombre y esta mujer, así como todos los animales y objetos que los acompañan, sean trasladados a la nave.

Phaladar se mordió los labios. Durante unos segundos, su pecho se hinchó, en tanto procuraba contener el acceso de cólera que le había invadido. Después, apagó el brillo de sus ojos y movió secamente la cabeza hacia abajo y luego hacia arriba.

—Soy tu humilde servidor, Hysya. Inmediatamente daré las órdenes oportunas para que sea cumplido tu mandato.

Phaladar se volvió y habló con uno de los soldados, el cual salió a escape de la cueva. Mientras lo hacía, ella le observó atentamente, pensando: «Orgulloso y engreído como buen comandante de astronave. Pero yo te rebajaré ese orgullo y un día te arrodillarás ante mí. Y ese día…»

Diez horas más tarde, el último de los porteadores salía de la cueva, llevando sobre sus hombros un pesado cajón lleno de libros científicos. Donde antes había existido un almacén repleto de los objetos más necesarios para que los durmientes pudiesen emprender una nueva vida sin grandes preocupaciones, por lo menos en los primeros momentos de su despertar, ahora sólo quedaba el vacío más desolador.

Roder y Azul salieron fuera de la cueva, completamente abatidos. Las

huellas del saqueo eran demasiado evidentes para que no se advirtiera la dirección que habían tomado los asaltantes.

La muchacha se agarró con fuerza al brazo de su oponente.

—Roder —murmuró—, tenemos que hacer algo. Este cronoclismo ha de ser evitado a toda costa.

El joven se mordió los labios.

—Evidentemente, pero ¿cómo... de qué manera? ¿Y si han llegado ya a la nave, y ésta ha zarpado, Dios sabe para qué mundo remoto y lejano?

—No diga eso, Roder —se estremeció ella—. Sería horrible, horrible...

—Quedándonos aquí quietos, no adelantaremos nada, Azul. Hemos de hacer algo.

—¿Volver al cronomóvil y retroceder unas horas?

El joven meditó.

—Veamos primero a ver qué han hecho. Desde aquí no se ve la llanura; por lo tanto, lo mejor que podemos hacer es llegar al otro lado del valle. Nadie sino nosotros conoce la existencia del cronomóvil, de modo que podemos alejarnos sin cuidado.

—De acuerdo —dijo ella, y los dos echaron a correr con gesto simultáneo.

Llegaron al borde de la meseta y descendieron al otro lado, pasando junto a la casa desierta, sin dejar de seguir en todo momento las huellas causadas por el paso de un par de centenares de personas, que habían dejado ancho rastro capaz de advertirse hasta en la oscuridad. Franquearon el arroyo y luego emprendieron el ascenso hacia la cima de la colina opuesta, a la cual llegaron momentos más tarde.

Apenas lo había hecho, Roder tomó por los hombros a Azul y la empujó con fuerza.

—¡Al suelo, pronto! —ordenó.

Se situaron detrás de unos espesos matorrales, desde donde podían ver sin ser vistos, observando estupefactos la larga procesión de hombres que, cargados con toda clase de objetos, descendían hacia la llanura.

Roder lanzó un gemido de angustia. Casi al final de la interminable hilera, se divisaban dos grupos de a cuatro, cada uno de los cuales era portador de unas angarillas, sobre las que se divisaban unos bultos de fácil identificación.

—¡Se los llevan! —sollozó la muchacha, y sus lágrimas eran absolutamente sinceras.

Los dientes de Roder chirriaron perceptiblemente.

—Hemos de hacer algo para salvarlos y devolverlos a su sitio.

—Imposible. Ellos son más de doscientos, contando solamente los que vemos desde aquí, pero incluso en su astronave debe de haber, al menos, otros tantos. ¿Qué podemos hacer nosotros con las manos desnudas?

Roder golpeó el suelo con uno de sus puños.

—¡Ah, si yo no me hubiese equivocado! —exclamó.

—Siempre podemos regresar al cronomóvil y volver al momento en que esos extraños descubrieron la cueva. Entonces, les hablaríamos y...

El joven asintió.

—Eso es lo que vamos a hacer. Retrocederemos una vez más en el tiem...

Se interrumpió, mordiéndose los labios hasta hacerlos sangrar.

—Siga, siga —le urgió ella—. ¿Por qué se ha interrumpido?

—Estaba diciendo tonterías —masculló él—. Esos individuos, al venir de otro planeta, viven en otra dimensión temporal, aunque similar a la nuestra. Ahora ya han encontrado la cueva y lo saben; sería imposible anular tal conocimiento de sus mentes.

Azul se aterró.

—Eso quiere decir que las cosas han de seguir su curso ineludible.

—Justamente —masculló Roder—. Y no tenemos más que una solución. O bien luchar contra esos hombres, cosa imposible, dada la desproporción numérica o negociar.

—¿Cree que accederán?

—No puedo predecir nada. ¿Cómo voy a saber de qué manera van a reaccionar al vernos? En tanto no...

Un agudo chillido de la muchacha le interrumpió.

—¡Jan, Jan! —gritaba Azul.

El joven se volvió, pensando en los primeros momentos que ella había visto algún monstruo. Pero muy pronto tuvo que rectificar.

Un aparato volador descendía raudamente hacia ellos, despidiendo dos suaves estelas luminosas de tipo fosforescente por ambos costados. El aparato parecía un tubo redondeado por los dos extremos y en su parte superior central se veía una protuberancia alargada que ocupaba la mitad de su longitud.

Roder se puso en pie instintivamente. Azul se apretó contra él.

Por un instante, ambos jóvenes temieron alguna descarga de los ocupantes de aquel artefacto, cuyo descenso era tan raudo como silencioso. Pero afortunadamente, nada de lo que temían sucedió.

El aparato se detuvo a corta distancia del lugar en que se hallaban, quedando suspendido a unos veinte centímetros del suelo.

La cúpula se partió en dos a lo largo de una vigueta superior, dejando paso a un pelotón de cinco hombres armados que se dirigieron con rápido gesto hacia la pareja.

Roder echó hacia atrás el brazo, haciendo retroceder un paso a la muchacha.

—No te muevas —siseó.

Los guardias corrían hacia ellos con no muy buenas intenciones al parecer, armados con una especie de pistolas de voluminoso cañón.

Uno de ellos, más rápido que el resto, se destacó, ganándoles unos cuantos metros.

—Éste es el momento —murmuró el joven— de poner en práctica las enseñanzas de cierto deporte tan criticado por mis compañeros de gabinete.

Y dejó que el guardia se le acercara.

Entonces fue cuando Jan saltó hacia adelante, sorprendiendo al

individuo quien no esperaba tal gesto hostil. La mano derecha del joven salió disparada con la velocidad del relámpago, atenazando la muñeca armada.

Acto seguido, Jan metió el hombro al mismo tiempo que giraba sobre sus talones. El soldado se sintió instantáneamente arrancado del suelo y gritó.

El guardia cayó con pesado choque. Su mano inerte se abrió, lo cual fue aprovechado por el joven para tomar la pistola.

Pero en aquel momento, un pie le golpeó en un hombro, haciéndole rodar por el suelo con los brazos y las piernas en alto. Azul lanzó un agudo chillido.

Uno de los soldados se arrojó sobre él.

Roder lo recibió con ambos pies, despidiéndole a varios metros de distancia, haciéndole contorsionarse sobre sí mismo. Se puso en pie de un salto y recibió a su siguiente antagonista con un demoledor puñetazo que le derribó de espaldas.

Un grito de la muchacha le hizo volverse.

—¡Cuidado, Jan! ¡Detrás de ti!

El joven se enfrentó con el primero de los guardias derribados. Pero entonces, sintió que la cabeza le estallaba.

Una súbita flojedad le hizo doblar las rodillas. El suelo se le acercó con vertiginosa rapidez, al mismo tiempo que un trueno profundo que bramaba en el interior de su cráneo le impedía escuchar todos los demás sonidos. Una piedrecilla le rasguñó la piel de la mejilla, pero ya no lo sintió.

Uno de los soldados tomó por el brazo a la muchacha, zarandeándola con brusquedad, al mismo tiempo que le hablaba algo totalmente incomprensible para ella. Azul movió la cabeza, sin darse cuenta de las lágrimas que humedecían sus mejillas.

Nodxo, capitán de Diez del Ejército Imperial de Tharkonia, se volvió hacia sus compañeros.

—Esta mujer no entiende nuestro idioma.

—¿Será nativa de algún otro planeta? En éste no había más personas

que la pareja de durmientes —dijo uno de sus soldados.

—Lo averiguaremos más tarde, pero no aquí. Ahora, hemos de volver a la nave y presentarla al comandante Phaladar.

—¿Y su compañero?

—También. Es un hombre valiente; se enfrentó con nosotros sin otras armas que las manos desnudas. Phaladar tendrá mucho gusto en hacerle unas cuantas preguntas a través de la máquina traductora de lenguajes. ¡Cargad con él!

Dos de los soldados tomaron en brazos al desvanecido Roder, en tanto que Nodxo, sin soltar el de Azul, la empujaba hacia la navecilla. La muchacha intentó resistirse en los primeros momentos, pero luego, viendo que todo era inútil y que, además, se llevaban también a su presidente, cesó en la pobre resistencia que hasta entonces había opuesto a sus captores.

Roder, todavía inconsciente por el culatazo que le habían asestado, fue arrojado en uno de los asientos zagueros de la navecilla. El comandante de la misma indicó a Azul la pequeña escala que servía para trepar al interior del aparato.

Ella asintió, tratando de dominar el miedo que sentía. Por señas pidió la dejaran colocarse al lado del desvanecido Roder, a lo que accedió Nodxo con un gesto lleno de indiferencia.

Azul tomó la cabeza de Jan entre sus brazos, procurando colocarse en una postura más cómoda. Unos instantes después, sin ruido de ninguna clase, la navecilla remontaba el vuelo.

Su conductor la hizo girar en sentido longitudinal, enfilando después la inmensa astronave que yacía sobre la llanura a unos dos kilómetros de distancia. Con los ojos desmesuradamente abiertos por el asombro que sentía, Azul observó el inenarrable espectáculo.

El aparato se detuvo al pie de la descomunal astronave, siendo rodeado al instante por un pelotón de guardias armados.

Nodxo hizo descender a Azul, quien quedó en el suelo, contemplando expectantemente todo cuanto tenía a su alrededor. Roder, aún inconsciente, fue bajado por dos de los guardias, los cuales llevaron a su prisionero inmediatamente hacia una enorme escotilla abierta a corta distancia de aquel lugar.

Azul lanzó un grito de desesperación al ver que la separaban de Roder. Impulsivamente, sin meditar en las consecuencias que podía reportarle su gesto, se lanzó hacia adelante.

La fuerte mano del oficial detuvo su movimiento en seco.

Súbitamente, las risas que habían estallado en torno a ella se cortaron en seco, en tanto que los soldados adoptaban una rígida actitud. Dos personas, de autoritarios ademanes, franquearon el círculo.

Desde el suelo, Azul contempló a los recién llegados. Eran éstos un hombre y una mujer, severamente ataviados, pero portadores, no obstante, de unos extraños distintivos que les delataban como superiores en autoridad a los demás.

Las dos mujeres se observaron con mal disimulada hostilidad. Sus ropas no eran muy diferentes, salvo en las resplandecientes joyas que llevaba Hysya, cuyo conjunto estaba rematado por una dorada tira, constelada de destellantes gemas que ceñía sus sienes. En el centro de la tira, tan ancha que casi parecía una corona, había un círculo rodeado de minúsculos rayos puntiagudos, terminados en sendas piedras rojas, como remate de la fabulosa joya.

—Por lo que puedo ver —dijo Hysya con acento sarcástico—, este planeta se está poblando a pasos agigantados. Un hombre y una mujer durmientes, otro hombre y otra mujer, éstos despiertos. ¿Qué aspecto tendrán los próximos personajes con quienes nos encontremos?

Phaladar entendió claramente el poco disimulado reproche que acerca de la habilidad de sus soldados le hacía la princesa. Pero supo dominarse a tiempo y contener una respuesta dura que ya tenía a flor de labio.

—Ignoro —contestó sosegadamente—, la forma en que esta pareja ha podido materializarse en un mundo al que suponíamos absolutamente desierto. No obstante, estoy en condiciones de afirmar que lo sucedido es puramente accidental y que estos individuos no viven habitualmente en estos parajes.

—Muy seguro estás de lo que dices, Phaladar —exclamó ella desdeñosamente.

—De todas formas, podemos estarlo más todavía cuando los hayamos interrogado. Ella no entiende, a lo que parece, nuestro lenguaje, pero dentro tenemos aparatos que pueden ayudarnos mucho.

Hysya sonrió con aire complacido.

—Estoy de acuerdo contigo, Phaladar. —Y después de estas palabras, se volvió hacia los soldados—. ¡Llevadla a la nave! Que quede encerrada hasta que yo lo disponga, junto con su compañero.

CAPÍTULO V

Roder se despertó con un horrible dolor de cabeza. En los primeros momentos permaneció quieto en una blanda litera, con los ojos cerrados, tratando de ahuyentar los rugientes latigazos que le acribillaban el cráneo con sus punzantes golpes.

Algo fresco y suave se apoyó en su frente. Se animó a abrir los ojos y vio inclinada sobre él la ansiosa faz de la muchacha.

—¡Azul! —exclamó—. ¿Qué nos ha ocurrido?

Los ojos de la muchacha estaban arrasados en llanto.

—Lo peor que podíamos esperar, Jan —contestó ella, omitiendo todo tratamiento—: estamos prisioneros.

La sorpresa recibida por el joven fue tal que, sin darse cuenta de lo que hacía, se sentó en la litera de golpe. Casi al momento, se vio obligado a tomarse la cabeza con ambas manos.

—¡Oh, Dios mío! —se quejó—. ¡Cómo duele!

Ella se puso en pie, yéndose hacia un extremo de la cámara y volvió con un vaso lleno de agua.

—Es lo único que tengo —dijo excusándose.

Roder bebió unos sorbos del líquido, notando que, poco a poco, el dolor iba cediendo en intensidad. Cuando éste hubo quedado reducido a una molestia persistente, pero de poca importancia, se aventuró a ponerse en pie.

Paseó la mirada por el lugar en que se hallaban. Era éste una habitación de reducido tamaño, con dos literas superpuestas, y una

mesita y dos sillas situadas en el lado opuesto por todo mobiliario. En el centro se divisaba una puerta metálica, herméticamente cerrada y frente a ellos un redondo ventanal de casi un metro de anchura.

—Estamos a bordo de la nave que vimos —dijo, cuando se hubo rehecho en parte de la sorpresa.

Ella asintió.

—Ciertamente. Y en calidad de prisioneros además.

—¿Eh? ¿Estás segura de lo que dices?

—Positivamente —contestó Azul, llevándose una mano a la mejilla castigada—. Tengo pruebas físicas de ello.

—¿Te han golpeado? Si es así…

Ella se le acercó.

—No podremos hacer nada contra ellos, Jan. Y perdona la familiaridad, pero en la situación en que nos hallamos, sería inútil todo protocolo. Apenas si he podido ver nada del interior de la nave, en tanto que nos conducían hasta aquí. Pero lo poco que he podido ver me ha dado una ligera idea acerca del inmenso poder y la terrible inteligencia que deben poseer, no sólo sus constructores, sino los que la habitan ¿Qué podremos hacer? —concluyó ella, con sombrío acento —. ¿Dos contra varios centenares?

—Es cierto —murmuró él, descorazonado—. Nada. Y lo que nos pueda ocurrir a nosotros no tiene la menor importancia. Pero ¿qué será del Iniciador y su esposa?

—Deben tenerlos en algún lugar de la nave, ignoro en cuál, porque no pude ver dónde los llevaban. Por el momento, no parece traten de causarles daño alguno.

Acto seguido, la muchacha relató a Roder cuanto había sucedido desde el momento en que el joven recibiera el golpe que lo desmayó.

—Y de ello —finalizó su relato al mismo tiempo que consultaba su reloj—, hace ya un par de horas.

—¿Sigue la nave todavía en tierra?

Azul meneó tristemente la cabeza.

—No; zarpamos unos minutos después de haber sido transportados hasta aquí. Mira.

La muchacha le tomó del brazo, llevándole hasta el portillo. Roder dejó que su vista atravesara el vidrio y al instante lanzó una sonora exclamación.

—¡Dios mío! ¿Dónde estamos?

—No sé —contestó ella—. Lo único que puedo decirte es que cuando quise darme cuenta, la Tierra era ya solamente un puntito brillante en el espacio, que no tardó más que unos cuantos segundos en esfumarse. No he sentido el menor movimiento de arranque ni ninguno de los efectos de la aceleración. Cuando quise reparar en ello, ya nos encontrábamos en pleno espacio… navegando sólo Dios sabe rumbo a qué desconocido planeta.

—Ellos también lo saben —murmuró el joven, apretando los labios—. Y nos lo dirán.

—Lo veo muy difícil —objetó Azul.

—¿Por qué?

—Su idioma y el nuestro son totalmente distintos. ¿Cómo nos vamos a entender con ellos?

Roder se separó de la lucerna y dio unos cortos paseos por la estancia, muy nervioso y excitado, no por sí ni por la muchacha, sino por la suerte que pudieran correr sus antepasados, los cuales yacían en algún rincón de la astronave.

De pronto, detuvo sus pasos y miró con ojos llameantes a la muchacha.

—Es preciso hacer algo, Azul. Hemos de llamar la atención de estos individuos y hacer que escuchen nuestras súplicas. Esta nave indica su alto grado de civilización; por tanto, pues, si les explicamos lo que sucede, es evidente que…

Roder se interrumpió, al mismo tiempo que miraba hacia la puerta.

Ella le imitó.

La puerta se deslizó a un lado silenciosamente, y en su vano apareció un individuo, flanqueado por cuatro más. Éstos iban armados y tenían

sus manos en el puño de las pistolas que pendían de un cinturón, en tanto que el primero era portador de dos objetos cuya finalidad no alcanzaba a los prisioneros.

Tett avanzó hacia la pareja y alargó la mano, entregando a cada uno de los dos uno de aquellos extraños adminículos. Luego, por señas, indicó lo que debían hacer con ellos.

Roder examinó el suyo, hallando que era una especie de casco, incompleto, dotado de unos a modo de auriculares y provisto en su parte superior de una protuberancia de forma cilíndrica, de unos cinco centímetros de grueso por otro tanto de longitud y que, una vez colocado dicho casco, venía a quedar situada sobre la frente.

Atendiendo a las indicaciones del capitán, Roder se puso el casco, hallando que le dejaba libre la nuca. Al instante sintió la voz del oficial, pero perfectamente comprensibles sus palabras.

—Seguidme. Su Alteza Hysya y el Gran Phaladar, comandante de la nave, os aguardan.

Roder abrió desmesuradamente los ojos, al igual que la muchacha, quien también se había colocado su casco.

Azul exclamó.

—¡Jan, entendemos lo que hablan!

Tett sonrió con benigna expresión.

—Y yo —dijo— entiendo asimismo lo que habláis vosotros. Estos cascos no son ni más ni menos que unas máquinas traductoras automáticas, que permiten entenderse en cualquier lengua, por enrevesada que sea. Seguidme, por favor. Ah, os pido perdón: me llamo Tett y soy capitán de Cien del Ejército Imperial de Tharkonia.

—¡Tharkonia! —repitió Jan estupefacto—. ¿Y dónde está eso?

Tett se lo dijo, pero como empleaba otras palabras en la nomenclatura celeste, Jan y Azul se quedaron como estaban antes. Y ya, sin necesidad de más indicaciones, siguieron al capitán, el cual se colocó a la izquierda de la muchacha, en tanto que los soldados les daban escolta.

Así salieron a un corredor, de corta longitud, el cual desembocaba en una especie de plazoleta, de unos veinticinco o treinta metros de

anchura, dividida en una docena de pisos, como una especie de anfiteatro cilíndrico. En el centro se veía una gigantesca columna de unos ocho metros de diámetro, enlazada con cada plataforma por dos o tres livianos puentecillos provistos, como cada borde de las plataformas, de su correspondiente barandilla protectora.

Tett avanzó por uno de los puentecillos en dirección a la columna y cuando estaba a punto de llegar a ella, una puerta se descorrió.

Franquearon el umbral y se encontraron en el interior de la columna. La puerta volvió a cerrarse y al instante el suelo se hundió.

El descenso duró apenas veinte segundos, después de lo cual, la plataforma en que se hallaban se movió en sentido horizontal, dentro de un túnel de sección oblonga, sin aberturas visibles en sus paredes.

El movimiento de traslación duró ahora casi un minuto. La plataforma se detuvo suavemente y al instante uno de los muros se deslizó a un lado.

—Pasad —les dijo Tett.

Obedecieron. Roder y Azul se hallaron ahora en una gran cámara, sobriamente amueblada, con todo uno de sus lados provisto de grandes ventanales de forma cuadrada que enlazaban los unos con los otros. Al pie de los ventanales se veía un largo diván corrido y frente a éste una larga mesa, sobre la cual se veía un gran tablero inclinado, provisto de un sinfín de teclas y conmutadores.

Había un hombre en el centro de la estancia, joven y de majestuosa presencia, en pie al lado de una mujer de menos edad que el anterior y que estaba lánguidamente reclinada en uno de los ángulos del diván.

Azul la reconoció al instante.

Hysya y Azul se miraron unos segundos fijamente, en silencio; después aquélla agitó la mano.

—Retírate con tus soldados, Tett. Permaneced fuera por si os necesitásemos.

Tett saludó y salió cerrando la puerta. Entonces, el hombre habló.

—Mi nombre es Phaladar, capitán de Cien Mil del Ejército de Tharkonia y comandante de la cosmonave en que os encontráis. Esta mujer es Su Alteza Imperial la princesa Hysya.

Roder se inclinó.

—Me gustaría poder decir que celebro conoceros, de no ser por la serie de circunstancias, más bien adversas para nosotros, que concurren en nuestro encuentro. Aunque sé que nuestra fuerza es nula en comparación con la que disponéis vosotros, quiero, al menos, hacer constar mi solemne protesta no sólo por el indigno trato que se nos ha inferido, sino por la forzosa prisión a que se nos ha sometido, sin haberos causado ningún mal ni haber provocado vuestro enojo.

—Por lo menos, podrías decir tu nombre y posición, así como el de tu compañera, extraño —dijo Hysya.

—Me llamo Jan Roder y soy el presidente del Consejo de Gobierno del planeta de donde nos habéis arrancado y al cual nosotros llamamos Tierra. En cuanto a mi compañera, es la señorita Azul Harket, subjefe de nuestro Servicio de Investigación Temporal.

Tanto Hysya como Phaladar fruncieron el ceño al oír las palabras del joven.

—¿Quieres explicarnos? —dijo ella—. ¿Cómo puedes ser presidente del gobierno de un planeta que está deshabitado? ¿Qué es eso de Servicio de Investigación Temporal?

—No he terminado de explicarme, princesa —dijo el joven calmosamente—. Soy presidente de ese Consejo, efectivamente, pero en una época para llegar a la cual faltan todavía casi seis mil años.

Hysya se puso en pie de un salto, con las mejillas encendidas y los ojos chispeantes por la indignación.

—¿Pretendes tomarme por tonta? ¿O acaso quieres burlarte de mí? Habla, explícate o, de lo contrario, haré que te torturen hasta la muerte.

—Quisiera poder hacerlo sin interrupción —repuso Jan, sin amilanarse por el tono violento de Hysya—. Vuestra civilización, indudablemente, ha alcanzado un elevado nivel, pero, en otros aspectos, la nuestra no cede un ápice y, tras largos años de estudios, nuestros sabios inventaron un aparato capaz de trasladar a las personas a través del tiempo, hasta la edad o la fecha que se desease. Por eso estábamos nosotros allí, en el momento en que tus soldados vaciaron la cueva de todo cuanto contenía.

—¡Viajar a través del tiempo! —repitió Hysya estupefacta. Se volvió

hacia el comandante—: Phaladar, ¿tú lo crees?

El interpelado se acarició la mandíbula.

—Bien pudiera ser. Esto es algo que nuestros científicos, según mis últimas noticias, tienen en estudio, pero hasta ahora no han pasado de la teoría. Sin embargo —se dirigió a Roder—, ¿cómo podríamos confiar en tus palabras?

—Hay varias maneras —dijo el joven—. Una de ellas es, simplemente, por pura deducción. Si habéis explorado el planeta, y de vuestras palabras deduzco que, excepto nosotros y los dos durmientes que supongo están aquí, no hay ningún otro ser viviente, por lo menos con figura humana, en toda la redondez de la Tierra. Otra manera sería, pero esta es ya más difícil, enseñaros el aparato que nos trajo de sesenta siglos adelante hasta hoy, y que nosotros llamamos cronomóvil.

—La patrulla del capitán Nodxo no encontró ningún aparato. Sólo a vosotros —objetó Phaladar.

—Nos halló a bastante distancia del cronomóvil. Estábamos allí, viendo cómo os llevabais todo el contenido de la cueva, incluso a los durmientes.

—¡Espiándonos, querrás decir! —exclamó Hysya acaloradamente.

Jan la miró largamente.

—Cada uno es libre de interpretar las palabras a su gusto —contestó al cabo—. Pero ¿no se os ha ocurrido pensar por qué esas dos personas estaban durmiendo en la cueva, rodeadas de aparatos e instrumentos, y acompañadas por una serie de animales, también en estado de hibernación?

Phaladar abrió los ojos desmesuradamente.

—Creo que empiezo a comprender, terrestre. ¿Se dice así? —Y ante el asentimiento del joven, continuó—. Una catástrofe asoló vuestro planeta, extinguiendo todo signo de vida en su superficie. Quedaron esos dos supervivientes, los cuales han de volver a la vida en un momento determinado para repoblar la Tierra.

Jan sonrió.

—Me agrada tu clarividencia, Phaladar. Así es, exactamente como tú

lo has dicho. Pero aún hay más. Yo soy descendiente directo de esa pareja y, si me encontraba allí, en compañía de Azul, era para comprobar que su sueño seguía realizándose con toda normalidad.

—Es decir —exclamó Hysya—, que habéis vuelto del futuro para vigilar lo que en vosotros es pasado.

—Justamente, princesa —se inclinó el joven—. Por ello me permito suplicarte devuelvas a los durmientes al lugar en que se encontraban, acompañados de todos los animales y objetos que les rodeaban.

—Y ¿qué ocurriría si no se hiciese lo que tú dices, Jan Roder?

—Se produciría un cronoclismo de alcance incalculable, cuyas consecuencias son fáciles de prever.

—Eso quiere decir que vuestro planeta continuaría desierto si esa pareja no despertara, o lo hiciese en sitio distinto.

—Exactamente —contestó Jan, mirando fijamente a Hysya, en cuyos rojos labios flotaba una tenue sonrisa de maquiavélico sentido.

—Muy bien —murmuró ella—, muy bien. De modo que en el caso citado, la Tierra seguiría desierta... —levantó la voz —. ¡Comandante Phaladar!

—¿Sí, Hysya?

—¡Arreste a esas dos personas y téngalas bajo llave hasta que yo lo disponga!

Roder dio un enorme salto de sorpresa al oír aquellas palabras. Azul lanzó una exclamación.

—¡No puede hacer eso! ¡No somos culpables de nada ni hemos cometido ningún crimen!

—¿Que no? —dijo Hysya, sin dejar de sonreír—. Pero ¿es que pensabais que me iba a dejar convencer por un absurdo cuento, una fábula incongruente de personas que viajan en un aparato llamado cronomóvil a través del tiempo? ¿Por quién me habéis tomado?

Jan apretó los puños con ira.

—Quisiera que fueras un hombre —dijo ceñudo—. Tu sexo me impide darte la respuesta que mereces.

—Es la única digna de un espía.

—¡Espía!

—Tú debieras haberlo adivinado antes —dijo con incisivo acento—. Parece ser que te has olvidado de la rivalidad que reina entre mi primo el Emperador y sus rivales, los protectores de Hershite. Sabes también que éstos no desaprovechan ocasión de zaherirnos por todos los medios, esperando el momento propicio para arrojarse sobre nosotros y destruirnos totalmente. Jamás vi a unos espías hershitianos que hubiesen contado una historia más increíble. ¡Viajar en el tiempo! ¡Qué absurdo! ¡Phaladar, que los encierren hasta que hayamos llegado a la capital del Imperio, en donde serán juzgados de acuerdo con nuestras leyes!

—¡Estás en un error! —exclamó Roder, dominando difícilmente los impulsos que sentía de abalanzarse sobre aquella mujer y estrangularla—. No somos espías ni jamás hemos oído hablar de esa nación planetaria que tú llamas Hershite. Somos...

—¡Basta ya! —exclamó Hysya—. Ni una sola palabra más, Phaladar, cumple mis órdenes.

El comandante asintió y se dirigió hacia la puerta y la abrió. Tett y cuatro soldados penetraron al instante.

Por un momento, Roder estuvo tentado de resistirse por la fuerza, pero luego se lo pensó mejor. Era realmente imposible oponer ningún género de resistencia; terminaría por ser dominado y con daño físico además, que incluso podía ser definitivo.

Sin pronunciar palabra, bajó la cabeza. Tomó el brazo de Azul y en silencio, salió con la muchacha de la estancia.

Apenas se hubieron quedado solos, Phaladar dijo:

—Con los debidos respetos, creo que no obras bien al tratar así a los prisioneros.

—Ya lo sé. Y lo más seguro es que digan la verdad. Sí, es muy posible que hayan venido a la Tierra a través de seis mil años de tiempo, pero... ¿es que no lo comprendes?

Phaladar meneó la cabeza. Ella continuó:

—Suponiendo que lo que dicen sea cierto, ¿qué ocurriría si esa pareja

no despertase, por lo menos en el sitio donde debe hacerlo? Sencillamente, que la Tierra continuaría deshabitada y podría ser colonizada por nosotros, los tharkonitas. ¡Y yo sería la emperatriz en este planeta! ¿Me oyes, Phaladar? ¡Estoy harta de no ser más que un personaje secundario en la corte de mi primo el Emperador! Su imperio es vasto, gigantesco, y un planeta como éste pasaría desapercibido en Tharkonia; pero yo prefiero ser la dueña de un mundo así que no una simple princesa allí, donde las hay a docenas. ¡Ésas son mis intenciones, Phaladar! ¡Y ay de ti si me traicionas, porque entonces te destruiría sin compasión!

CAPÍTULO VI

Es muy bella esta muchacha —dijo Hysya—. Y muy joven también, según parece.

Phaladar asintió. Estaban los dos en una cámara especialmente acondicionada para los durmientes, cuyo sosegado sueño continuaba sin interrupción, desde hacía ya algunos minutos.

—Su esposo también es un hombre arrogante. Hacen una magnífica pareja. ¿No opinas así, Phaladar?

El aludido movió la cabeza en silencio. Desde que Hysya le diera a conocer sus propósitos, apenas si había pronunciado unas cuantas palabras, cortos monosílabos, que eran lo suficiente para demostrar claramente su desaprobación a las intenciones de la joven. Ésta se dio cuenta de la reticente actitud del oficial.

Se volvió y le miró a través de las pestañas.

—¿Qué te ocurre, Phaladar? ¿Por qué estás tan silencioso?

—No… no me pasa nada, Hysya. Te lo aseguro.

—No me engañes, Phaladar. No hay cosa que me moleste más que la hipocresía. Me gusta siempre la franqueza en todo y sé que no estás conforme con mis proyectos.

—Un súbdito leal al Emperador, como lo soy yo y lo he sido siempre,

no puede aprobar tus intenciones sucesionistas, Hysya. Dispénsame que sea tan claro, pero es la realidad de mis pensamientos y no sabría decírtelo de otro modo.

—¿De modo que no te agradan mis intenciones de proclamarme emperatriz de la Tierra? ¿Te has dado cuenta de que es un planeta deshabitado, en estado virgen y que ofrece infinitas posibilidades a la inmigración? Decenas y decenas de millones que están ansiando establecerse en otro lado vendrían apenas se hiciera pública la noticia. En pocos años, diez, quince como máximo, la Tierra sería un floreciente emporio de riqueza y cultura... ¡y tú podrías ser su emperador si lo quisieras, Phaladar!

El joven se puso rígido. Ella se le acercó, ondulando insinuante, con los labios entreabiertos, dejando ver su magnífica dentadura.

Le echó los brazos al cuello.

—Tú podrías ser el emperador consorte, Phaladar, con sólo que dijeras una sola palabra. ¡Es tan sencilla!

Hubo una corta pausa de silencio. El hombre permaneció inmóvil, con las manos pegadas al costado.

—Y tú —siguió ella—, serías mi esposo. No digas que no, Phaladar; no lo has manifestado hasta ahora, porque eres respetuoso y tienes plena conciencia de tu posición; pero yo sé que tú me amas, que estás loco por mí. Si yo hubiera sido una mujer vulgar, ya me habrías declarado tu amor, pero la cosa es distinta cuando se trata de una prima del Emperador. Bien —susurró ella—, aquí me tienes, Phaladar. Soy tuya... y aunque a ti te parezca mentira, también te amo. ¡Bésame!

Pero él permaneció quieto, sin hacer el menor gesto, mirándola fijamente al fondo de las pupilas.

—¿Qué te pasa, Phaladar? ¿Acaso no te gusto?

Hubo una corta pausa; después, Hysya deshizo el abrazo. Sus ojos brillaban con airado fulgor.

—Ya entiendo. Me consideras como una traidora al Emperador, ¿verdad? ¡Sea! Tómalo como quieras, pero ¿por qué crees que he hecho este viaje? ¿Por qué crees que me hice nombrar Comisario Imperial? Ya te he dicho los motivos, Phaladar; estoy más que harta de ser una de tantas princesas en la corte de Tharkonia. Quiero tener yo mi propia corte. Que no haya nadie más alto que yo, que todos

inclinen la cerviz a mi paso, que todos obedezcan hasta mis menores deseos, que no haya nadie que cuando yo diga algo no piense inmediatamente en si lo aprobará o no el Emperador. ¡Eso es lo que yo quiero y eso es lo que tendré! Siempre he deseado hallar un planeta deshabitado para hacerme su dueña, y ahora que lo he encontrado, ¿piensas que voy a dejar pasar mi oportunidad?

Pero Phaladar continuaba guardando silencio.

—¡Habla! —gritó ella, exasperada—. Habla, no te quedes callado. Quiero que me digas algo, aunque me tengas que llamar traidora. Pero no me mires así, ¿me entiendes?

—No puedo discutir con quien está a cien codos por encima de mí —dijo él lentamente—. Únicamente te pido permiso para retirarme.

Hysya le miró con ardiente expresión.

—Has sido el único hombre a quien he confesado mis verdaderos sentimientos. Y me has desdeñado. Eso no te lo perdonaré nunca, Phaladar, ¡nunca! Y ahora, sal de aquí. ¡Inmediatamente!

—Estás un poco excitada, Hysya —dijo él con tono pacífico—. Creo que te convendría reposar un poco.

—Yo sé lo que me conviene y tú no eres quién para darme órdenes. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera, te digo!

—Contigo, Hysya. Los dos saldremos a un tiempo.

—¡Cómo! ¿Qué estás diciendo? —y súbitamente la joven comprendió.

Lanzó una mirada hacia las literas donde estaban durmiendo Rhoderick y su esposa.

—¿Temes que les haga objeto de un atentado? Sí, eso es lo que crees. Pero...

—Acompáñame, te lo ruego —dijo Phaladar, con tono firme, pero sin levantar la voz.

—No quiero. Saldré de aquí cuando se me antoje.

El pecho de Phaladar se inflamó. Sus ojos arrojaron chispas de cólera.

De pronto, su mano se disparó, atenazando la de la muchacha. Hysya, exhaló un agudo grito.

—¡Suéltame, bruto, bestia! ¡Suéltame, te digo! ¿Es que no me oyes? Haré lo que quiera con los durmientes. Si se me antoja, les dejaré que sigan durmiendo, pero, si me parece oportuno, haré que los arrojen al espacio por el vertedero. ¡Suéltame!

Pero la mano de Phaladar había hecho una presa indestructible.

—Saldrás conmigo —dijo—, tanto si quieres como si no. Esos prisioneros están ahora bajo mi custodia, como comandante que soy de la nave, y no podrás valerte de tu rango para intentar nada contra ellos. Si lo haces...

Hysya levantó la barbilla, desafiante.

—¿Qué, te atreverías a tocarme?

—¿Y qué es lo que estoy haciendo? —rió él—. ¡Vamos, sal conmigo o perderé la paciencia!

—¡Hacerme esto a mí, a una princesa de sangre real!

Phaladar estalló repentinamente.

—¡Ya estoy harto de oírte continuamente las mismas necedades! He visto mujeres orgullosas, estúpidas y henchidas de vanidad, pero ninguna como tú. ¡Vamos, he dicho!

Y al pronunciar la última frase, Phaladar movió su mano en semicírculo, abriéndola al terminar el gesto.

Hysya salió despedida con terrible violencia. Giró una vez sobre sí misma, como consecuencia del impulso que había recibido, trastabilló un par de veces y, perdiendo el equilibrio, acabó por caer junto a uno de los mamparos adyacentes a la puerta.

Desde allí miró con ojos desorbitados por el pánico a su oponente. Phaladar conservaba, aparentemente, la ecuanimidad, pero su rostro ardía de indignación.

Todo el orgullo y la altivez de Hysya desaparecieron en un instante, barridos por la enérgica actitud del hombre. Quiso hablar, pero, aturdida, sólo supo balbucear palabras inconexas.

Phaladar se pasó una mano por la frente, como si quisiera librarse de los torturantes pensamientos que bullían tras ella. Después, respiró hondo y trató de serenarse.

Se acercó a la joven y le tendió la mano.

—Dispénsame —dijo, en tanto la ayudaba a levantarse—. He perdido los estribos y no sabía lo que me hacía. Me considero culpable de haber alzado la mano contra una persona allegada al Emperador y, por lo tanto, cuando hayamos llegado a Tharkonia, podrás presentar una demanda contra mí. Es lo justo y lo que espero que hagas.

Pero ella le contestó en una forma muy diferente. Movió la cabeza de derecha a izquierda, al mismo tiempo que sonreía con los labios entreabiertos.

—¡Phaladar! —susurró, avanzando hacia él—. ¡Phaladar! —y le echó por segunda vez los brazos al cuello.

El joven no supo resistirse ahora. Correspondió al abrazo, pero cuando ya iban a besarse, un altoparlante instalado sobre sus cabezas empezó a soltar un chorro de palabras.

—¡De oficial de puente a Comandante cosmonave! ¡Mensaje urgente! ¡Preséntese en la cámara directriz cuanto antes! ¡Detectores señalan la presencia de naves extrañas que se dirigen hacia nosotros!

* * *

Con los brazos cruzados, Jan Roder permanecía en pie junto a la lucerna, contemplando el espacio con aire absorto.

Azul se le acercó, posándole la mano sobre el hombro.

—Jan, ¿en qué piensas? ¿En esa cruel mujer, acaso?

El joven sacudió lentamente la cabeza.

—¿Cruel? Es difícil dar a una mujer ese calificativo. Hay que tener en cuenta las circunstancias de tiempo y lugar, así como las de educación y ambiente. Quizá para nosotros lo que es cruel y despiadado es lógico y sensato para ella.

—¿Sensato aprisionarnos y acusarnos de espías de un mundo del que jamás hemos oído hablar?

—No sabemos los fines que se esconden tras sus palabras, Azul. A lo

que he podido observar, hay un problema de alta política, en el cual nos hemos mezclado nosotros sin quererlo, pero esto, ahora, para mí, es lo de menos. Ya puedes suponerte cuál es mi principal preocupación.

—El Iniciador y su esposa, ¿verdad?

Jan asintió.

—Me preocupan. El cronoclismo que se producirá, si no nos escuchan, tendrá consecuencias incalculables. Es posible que John y Arabel despierten, si antes no son destruidos, pero ¿qué sucederá si tal despertar se produce en un mundo alejado del nuestro Dios sabe por cuántos billones de kilómetros? ¿Qué raza se instalará en la Tierra, en lugar de la nuestra? ¿Qué haremos tú y yo desplazados sesenta siglos de nuestra época?

—Falta ya muy poco tiempo para que vuelvan a la vida, ¿verdad?

—Sí. Es cierto que podría anticiparse tal despertar, lo mismo que retrasarse, pero no conviene que se haga ninguna de las dos cosas. Tienen que volver a la cueva, pero ¿cómo? ¿De qué manera lograrlo, cuando solamente somos dos contra más de ochocientos?

—Phaladar me ha parecido una buena persona —murmuró la muchacha—. Por lo menos, no se le veía muy conforme con la actitud de esa tal Hysya.

—Pero no le queda otro remedio que obedecer. Él es el comandante de la nave; sin embargo, ella parece poseer cierta autoridad que...

Un sordo trueno le interrumpió repentinamente. El ruido, profundo y lejano, parecía haberse producido en las entrañas de la nave. Acto seguido una leve trepidación empezó a sacudir el suelo de la cámara.

Jan y Azul se miraron mutuamente, alarmados por aquel extraño fenómeno. Esperaron un par de minutos, dándose cuenta que la trepidación continuaba.

Súbitamente, Azul lanzó un grito.

—¡Jan, mira!

El joven obedeció. Parpadeó, estupefacto, no acabando de creer en lo que sus ojos estaban viendo. ¡Las estrellas se movían!

Naturalmente, era un movimiento lento, pero perceptible a simple vista, lo cuál indicaba que la astronave volaba ahora por el espacio, desarrollando una tremenda velocidad, varias veces superior a la de la luz. Algunas estrellas parecían correr más que otras, cosa que indicaba su distancia relativa en el firmamento.

De pronto, la puerta se abrió. Los dos jóvenes se volvieron al unísono.

El capitán Tett penetró en la estancia, seguido por dos hombres, cada uno de los cuales era portador de algo que parecía un traje de recio tejido y grandes dimensiones, además de un casco de forma cilíndrica y totalmente transparente.

Roder reconoció al instante los trajes como dos escafandras de vacío, pero bastante distintas de las que había visto. Antes de que pudiera presentar ninguna objeción, Tett habló.

—Nuestros detectores han señalado la presencia de naves enemigas en este sector del cielo. Es muy probable que nos veamos obligados a entablar combate con ellas y, por lo tanto, expuestos a sufrir destrozos y averías. Por lo tanto, al igual que todos los miembros de la tripulación de la nave, deberéis colocaros estas escafandras, con el fin de prevenir un súbito vacío atmosférico en el lugar en que se encuentren. Mis soldados os ayudarán a colocároslas.

Jan y Azul asintieron. Empezaron a ponerse los trajes, auxiliados por los hombres del capitán Tett, pero cuando ya les faltaba solamente colocarse el casco, un horrible pensamiento cruzó por la mente del joven.

—¿Y los durmientes? —gritó.

—Pues… —y calló, no sabiendo qué decir.

Repentinamente, un profundo trueno sacudió toda la estructura de la nave, conmoviéndola de arriba abajo. El suelo tembló.

Todos cuantos se encontraban allí vacilaron y alguno tuvo que apoyarse en el mamparo más próximo para no caer.

Roder se cogió del brazo de Tett.

—¡Llévame a presencia de tu comandante, pronto!

—Pero es que yo…

—O me llevas o iré solo.

—Voy a jugarme el cargo, pero... ¡sígueme!

—Gracias. ¡Ven, Azul!

Por encima de ellos, un altoparlante empezó a hablar con metálico acento.

—De comandante sección nueve sur a comandante nave. Recibido un impacto directo con perforación del acero. Cuarenta soldados muertos y dos piezas inutilizadas. Brecha en reparación.

Roder sintió que una garra de hielo le oprimía el corazón. Pero no por ello dejó de correr, tratando de ganar cuanto antes el ascensor.

Llegaron a él y se situaron en su plataforma, la cual, a la inversa que en la ocasión anterior, subió rápidamente durante unos treinta metros. Después se deslizó horizontalmente un centenar y por último se detuvo.

Al abrirse la puerta, Roder vio que se encontraban en la parte superior del ya conocido anfiteatro circular. La columna estaba rematada por una enorme esfera transparente, de unos quince metros de diámetro, toda ella repleta de instrumentos de mando y de control.

Había varias personas en la esfera, indudablemente el estado mayor de la nave. Cruzaron el puentecillo de unión a la carrera y se precipitaron en el interior de la esfera.

Phaladar y la joven se pusieron en pie, abandonando sus asientos, al verles entrar.

Un terrible trueno subió de las profundidades, haciendo oscilar el suelo alarmantemente.

Phaladar sujetó a Hysya en tanto miraba a Tett y sus acompañantes.

—Comandante, los prisioneros tienen algo que decirte. He creído mi deber...

—Déjalos que hablen. ¿Qué tienes que decirme, Jan Roder?

—Los durmientes —contestó el joven con sombrío acento—. Gracias por haberos acordado de proporcionarnos la debida protección, pero ¿y ellos? He oído que ya se ha producido una perforación en el casco, como consecuencia de un impacto directo. ¿Qué les sucedería si...?

—Te entiendo perfectamente cuanto quieres decirme y ruego me dispenses por no haber pensado en ellos. Ahora mismo daré las órdenes necesarias para que sean revestidos con una escafandra de vacío.

—Gracias, Phaladar.

—Yo iré y me ocuparé de todo. Phaladar, tu deber es permanecer aquí dirigiendo la defensa de la nave. Capitán Tett, tú me acompañarás.

—Sí, princesa —repujo el aludido, disponiéndose a salir de allí.

Roder miró a Phaladar ansiosamente.

Éste dijo:

—No temas Hysya no les causará el menor daño. Antes bien, procurará que no lo sufran.

—Tienes razón en desconfiar de mí, pero Phaladar puede augurarte que he variado por completo de modo de pensar. Que te lo explique él, si tiene tiempo; yo no puedo perder ya un segundo. ¡Vamos, capitán Tett!

La princesa y el oficial echaron a correr, desapareciendo en contados segundos. Entonces, Phaladar dijo:

—Venid, sentaos a mi lado.

El comandante les señaló sendos sillones situados ante una especie de mesa muy larga y ligeramente inclinada hacia los asientos, toda ella cubierta de instrumentos de control. Sobre la mesa y en sentido vertical, se divisaban varias pantallas, en las que constantemente se veían signos que Roder no pudo identificar.

Durante unos minutos, los dos jóvenes permanecieron allí, presenciando las operaciones de defensa y contraataque que se desarrollaban ante ellos, sin que pudieran entender nada de lo que decían o hacían Phaladar y sus oficiales. Juzgando por el tiempo pasado, Roder se sintió aliviado al pensar que los durmientes ya habrían sido protegidos en debida forma.

Repentinamente, un gran estruendo sacudió el navío. Toda la estructura del colosal aparato tembló de arriba a abajo, al mismo tiempo que se escuchaban estremecedores crujidos y desgarraduras de metal. El ruido terminó después de un gran estallido que hizo mover

el suelo como si de una flexible alfombra se tratara.

Un altoparlante emitió su informe.

—De comandante sección doce nordeste a comandante de la nave, impacto directo en la sección sur inmediata. Toda la sección sur ha sido desgajada y lanzada al espacio. Los equipos de socorro tratan de taponar la brecha.

Phaladar se arrojó entonces sobre un intercomunicador y habló ansiosamente a través del aparato. Las respuestas que recibió fueron secas y contundentes.

Un minuto después, se volvía hacia ambos jóvenes, con el rostro blanco como el papel.

—Hysya y vuestros durmientes han sido lanzados al espacio —declaró dramáticamente.

CAPÍTULO VII

El intenso silencio que se había hecho en la estancia fue roto por un sonoro temblor y el subsiguiente informe del megáfono.

—Sección uno este sudeste destruida. Hemos logrado un impacto directo, destruyendo una nave enemiga. Brigada mecánica reparando desperfectos.

Roder se cogió con fuerza al brazo de Phaladar.

—¡Detén tu nave y retrocede! ¡Hemos de volver atrás y tratar de rescatar a Hysya y a los durmientes!

Las manos de Phaladar se crisparon con sombría expresión sobre los controles.

—Imposible —dijo.

—¿Por qué?

Antes de contestar con palabras, Phaladar adelantó la mano y pulsó

una tecla. Al instante, una gran pantalla de forma octogonal que había sobre ellos pareció hacerse transparente, dejando ver la oscuridad del espacio, tachonado por millones de puntos luminosos.

Mirando fijamente la pantalla, Roder pudo divisar media docena de chispitas verdes, muy brillantes, que corrían velozmente en todos los sentidos.

—Esas luces son naves hershitianas contra las cuales estamos defendiéndonos con todos los recursos de que disponemos. ¡Es imposible retroceder! Hemos de luchar hasta vencerles o hasta… hasta…

Un nuevo trueno, precedido como casi todos los anteriores de un cárdeno fogonazo, volvió a zarandear la nave.

Por enésima vez, el megáfono volvió a hablar.

—De comandante sección seis oeste a comandante nave. Recibido impacto directo, notablemente atenuado por detectores defensivos. Brecha en la sección con escasas pérdidas. Equipo de reparación en acti…

Un espantoso estallido acalló súbitamente la voz que hablaba. Otra volvió a sonar inmediatamente.

—Comandante sección siete oeste a comandante nave. Sección seis mismo sector, totalmente destruida. Treinta y dos muertos y nueve heridos graves. Equipo de reparación en funcionamiento.

—Ahí tienes —murmuró Phaladar con acento pesimista—, las razones por las cuales no podemos retroceder. Nuestra nave es muy poderosa pero las otras no le van a la zaga. —Se inclinó sobre el micrófono—. Pongan en funcionamiento motores de emergencia número doce y veintinueve.

Una voz contestó, repitiendo la orden. Fuera, en el espacio, un gigantesco relámpago de color verde estalló en silencio, alumbrando con su feroz ráfaga, el interior de la cámara directriz.

—Impacto directo en nave enemiga —anunció el altavoz.

Otro altavoz sonó en el lado opuesto de la cámara.

—Sección cero, protección contra posible impacto.

—Sujétense a los sillones —ordenó Phaladar.

Roder y Azul obedecieron. Ambos tenían la garganta seca y el corazón en suspenso, habiéndose olvidado, momentáneamente, de toda otra preocupación, al hallarse en el centro de un combate estelar a vida o muerte.

Un chispazo rojo estalló frente a ellos.

Antes de que el megáfono lo anunciara, Phaladar lo dijo:

—Nuestra réplica ha destruido el proyectil enemigo antes de llegar a su blanco. Hemos tenido suerte; venía dirigido directamente hacia este punto.

Roder se estremeció.

—¿Qué hubiera ocurrido si... si...?

—Ya no estaríamos hablando —contestó fríamente Phaladar, y una vez más volvió a impartir órdenes a través de su micrófono.

Uno de los oficiales se volvió hacia él.

—Comandante, el motor número treinta y dos sufre graves pérdidas en su contenido fisionable.

—Que lo lancen al espacio. Unido a un torpedo, si es posible. Así aprovecharemos el próximo estallido de su pila —contestó el joven.

Unos segundos más tarde, Jan pudo advertir en la pantalla una raya encarnada que la surcaba con tremenda rapidez, perdiéndose enseguida a lo lejos. Repentinamente, un colosal fogonazo de todos los colores iluminó aquella zona del espacio.

—Informa puesto de observación número doce. Nave enemiga destruida por acción conjunta de torpedo y pila nuclear.

En su interior, y a pesar de la angustiosa tensión a que estaba sometido, Jan se hallaba admiradísimo por cuanto estaba presenciando. La nave en que viajaban era una maravilla y debía de poseer máquinas auxiliares de maravillosa construcción cuando, en contados segundos, eran capaces de arrancar un motor atómico de su basamento, unirlo a un torpedo y dispararlo con éste en dirección a una nave enemiga, logrando además su destrucción. Pero no era menos cierto que los hershitianos también debían de poseer unos

aparatos fantásticamente logrados cuando tan grandes averías habían podido causarle a aquél en que viajaban.

—Sección catorce sudeste destruida por impacto directo —habló el altoparlante, concluyendo su informe en la forma de rigor.

—Me temo —dijo—, que la derrota es la única suerte que nos espera.

El ánimo de Roder se sublevó al escuchar aquellas palabras.

—¿Cómo? ¿Antes de concluir el combate ya te das por vencido?

—Bien se ve —repuso tristemente el joven—, que no conoces la capacidad ofensiva de nuestros enemigos. De otro modo…

Un fenomenal estallido, seguido de un horrendo crujido, le cortó sus palabras. El informe que siguió a continuación fue aterrador.

—Grupo de secciones de proa volado por completo. Compartimentos estancos resisten. Imposible reparar averías. Los supervivientes se retiran hacia la popa.

—¡Esto es el fin! —exclamó Phaladar. Tomó el casco que tenía al lado y lo levantó sobre su cabeza—. Será mejor que os pongáis el casco. En cualquier momento…

¡BUM! ¡BUM! ¡BUM!

Las tres explosiones sonaron tan juntas que parecieron una sola. El suelo se ladeó bruscamente, en un ángulo tan agudo, que todos cuantos se hallaban en la cámara directriz hubieran caído de no haber sido sujetados por las correas que les ataban a los sillones. Azul lanzó un grito de espanto. Roder la tomó de la mano, tratando de tranquilizarla, sin poder dirigirle la palabra, a causa del fenomenal estrépito que les rodeaba.

Ruido de cristales rotos hirió sus tímpanos. Otro estremecimiento sacudió la nave y una de las pantallas que tenían sobre el tablero de mandos se rompió con sonoro estallido.

Un alarido espeluznante se oyó en el acto. A pesar de la forzada postura en que se hallaba, Jan volvió la cabeza y pudo ver a uno de los oficiales del estado mayor de la nave agarrarse convulso el rostro, del que manaba un verdadero río de sangre.

El suelo adoptó de nuevo la posición horizontal. Pero un nuevo y

aterrador crujido volvió a sacudirlo de tal forma, que parecía ir a desintegrarse en un billón de átomos.

Súbitamente, una sombra negra, en la cual se veían numerosos discos amarillos de pequeño tamaño, apareció en la pantalla. La sombra permaneció unos instantes inmóvil y luego se alejó con fulmínea rapidez, en tanto que la cámara era sacudida como si estuviese en la palma de la mano de un gigante, y éste quisiera divertirse arrojándola de continuo a lo alto.

Cuando hubo concluido el terrible estremecimiento, Phaladar emitió su informe.

—No hay nada que hacer —dijo, tremendamente fatigado por la terrible tensión a que había sido sometido en los últimos momentos—. Estamos derrotados en toda la línea.

—¿Estás seguro? Debe de haber algún medio para...

Phaladar se echó a reír. Era la suya una risa amarga, sarcástica, llena de desesperanza.

—En el momento actual, no creo que quedemos vivos, en esta sección que es la cero de la nave, más de quince o veinte personas, incluyendo a los que estamos aquí. Afortunadamente, han funcionado los mamparos automáticos, reduciendo al mínimo las pérdidas de aire. Pero, salvo un pequeño motor, generador de emergencia, que es el que nos facilita la fuerza de que disponemos, nada más nos queda. Estamos perdidos sin rumbo en el cielo.

Roder miró a Phaladar consternado. Si tal cosa era cierta, y no había motivos para dudar de las palabras del comandante...

Un rojo resplandor destelló un segundo en el espacio, llenando la pantalla con su fogonazo. Se extinguió al instante.

Phaladar alargó la mano.

—Acaba de volar lo que restaba de nuestra nave. Ya sólo vivimos nosotros. Si te fijas, podrás advertir que los informes de los distintos comandantes de sección han cesado totalmente.

Roder miró en torno a él, dándose cuenta que la vibración hasta entonces sentida y que era independiente de las sacudidas causadas por la nave, había cesado por completo. Una extraña tranquilidad reinaba en aquellos momentos en la cámara directriz, cuyo suelo

estaba sembrado de vidrios astillados y reducidos a casi polvo.

Pero aun notó más: una ligereza y una ingravidez que no supo a qué atribuir y cuya causa no tardó mucho en conocer.

Phaladar se soltó las correas.

—Es inútil lamentarse —dijo—. Lo hecho hecho está.

Y apenas había acabado de hablar cuando flotó en el aire, ante los ojos desorbitados de Jan y Azul.

—¡Lo que nos faltaba! —gruñó Phaladar—. El mecanismo de gravedad artificial se ha descompuesto. Tened cuidado al moveros; si os falta práctica, podéis causaros daño.

Roder se soltó las correas y le bastó apoyar un dedo en el brazo del sillón para sentirse inmediatamente impulsado hacia arriba. Tendió la mano, cogiendo la de la muchacha, que la había alargado instintivamente.

El oficial herido yacía en medio de un charco de sangre, del cual brotaban, de modo siniestro, burbujas de color escarlata, como consecuencia de la inestabilidad gravitatoria. Roder apartó la mirada de aquella garganta seccionada por el vidrio desprendido de una de las pantallas.

En la cámara directriz, aparte de ellos tres, sólo quedaban siete personas, todos ellos oficiales de navegación del aparato.

Por sugerencia de Phaladar, salieron de la cámara, necesitando asirse a la barandilla del puentecillo para pasar a la plataforma próxima. Una pareja de soldados, tan aturdida como asombrada, salió de una puerta inmediata.

Súbitamente, un choque metálico estremeció la nave. Jan fue arrojado contra Azul y los dos flotaron lentamente hacia uno de los mamparos próximos. El joven se vio obligado a extender los pies para detener el choque, al mismo tiempo que sujetaba a la muchacha por el talle. Empezó a sentirse mareado, viendo que tenía la espalda paralela al suelo y perpendicular al muro de acero.

El choque se repitió, esta vez con menos intensidad, pero siempre con el mismo metálico estridor. Alguien lanzó un grito.

—¡Están ahí! ¡Tratan de abrir un boquete para pasar al interior!

Phaladar había recobrado de nuevo el dominio de sí mismo.

—¡Pónganse todos los cascos y ajusten las respectivas longitudes de onda! En el momento en que esté practicado el orificio, el escaso aire que queda, se escapará. También puede arrastrar a alguno por efectos de la succión, con lo que será conveniente que se busquen algún asidero sólido.

Después de haberse colocado su casco, Phaladar ayudó a hacer lo propio a la pareja. Les indicó la forma en que tenía que utilizar los controles instalados en el interior del mismo y luego lanzó una orden.

—Tiren las armas. Es inútil oponer ninguna resistencia; no serviría sino para que nos exterminasen como a ratas.

—¿Tan crueles son los hershitianos? —preguntó Roder.

—No son muy considerados que digamos con sus prisioneros, pero espero que mi categoría les haga pensárselo un poco. Además, si no hacemos ningún gesto de hostilidad, cabe la posibilidad de entrar en negociaciones con ellos, cosa que sería imposible si empezáramos a disparar apenas hicieran acto de presencia en el interior de la nave. Bueno —corrigió Phaladar—, en lo que queda de la nave.

Jan lanzó una mirada hacia uno de los mamparos, en el cual se veía un círculo rojo que indicaba los esfuerzos de los asaltantes por abrirse paso a través del metal.

—¿Cuánto crees que tardarán, Phaladar?

—Muy poco. Cinco, diez minutos como máximo. Nuestro acero es muy bueno y se necesita una elevadísima temperatura para...

Pero el joven ya no le escuchaba. Se había fijado detalladamente en la manera de colocarse el casco y se lo estaba quitando, indiferente, al parecer, al hecho de que unos minutos más tarde iban a hallarse en pleno vacío atmosférico.

Azul lanzó un grito.

—¡Jan! ¿Qué estás haciendo?

El aludido sonrió. Le dio el casco y luego se aflojó un poco el cierre de la escafandra, contemplado con estupefacción por Phaladar y cuantos le rodeaban.

Acto seguido, ejecutó una serie de cortas operaciones, después de lo cual, se ajustó nuevamente la escafandra.

Estaba concluyendo su intrigante operación cuando, de pronto, una mano le tocó en el hombro.

Miró a Phaladar. Éste le señaló el mamparo, en el cual se veía ya una brecha de regular tamaño, causada por los sopletes atómicos de los asaltantes.

Jan asintió y se puso el casco. Estaba terminando de ajustar la última presilla, cuando, de pronto, se sintió arrastrado por una mano invisible.

Percibió en sus auriculares el grito de la muchacha. Volteó sobre sí mismo un par de veces, succionado por la violencia del chorro de aire que se escapaba, pero en el último momento, pudo detener su escape asiéndose a un saliente.

Apenas lo había hecho, una turba de hombres penetró en la plataforma.

Jan les miró con más curiosidad que otra cosa. Trató de grabar sus imágenes en la memoria.

Todos ellos parecían tener la misma estatura, incluso la misma complexión, pues eran bajos, casi enanos, pues medirían metro y medio de estatura, como máximo. Sin embargo eran muy anchos de hombros, de tal forma que el joven creyó hallarse ante unos simios enfundados en sendos trajes de vacío.

Las escafandras que llevaban eran metálicas, con secciones flexibles para facilitar el movimiento de los miembros. Protegiéndoles el pecho llevaban una gran placa de acero, de gran espesor, que no parecía impedir sus movimientos; y todos iban armados con sendos fusiles de reducida longitud, pero de gran tamaño, concluido el cañón en una especie de esfera de casi un centímetro de grueso, con numerosas perforaciones en toda su superficie.

Los hershitianos les encañonaron con aquellos fusiles, reduciéndolos a la impotencia. Uno de ellos habló a través de su transmisor y Jan pudo percibir claramente sus palabras, así como entender su significado, gracias al traductor automático, del que no se había despojado desde que se lo colocaran.

—¿Quién es el comandante de esta ruina? —habló uno de los

asaltantes, en cuyo pecho metálico se veían unas extrañas insignias.

Phaladar adelantó un paso.

—Yo —contestó con voz serena—. Y vosotros ¿quiénes sois? ¿En nombre de quién y por qué habéis atacado mi nave, reduciéndola al estado de chatarra, y causándome ochocientos muertos?

—¡Calla la boca! Todavía no me has dicho tu nombre, y el de tu nave, así como tu grado. ¡Pronto, contéstame o de lo contrario tendré el gusto de ignorar para siempre la identidad de un individuo a quien fulminé por descortés!

Jan advirtió los esfuerzos que hacía su amigo por contenerse.

—Me llamo Phaladar y soy capitán de Cien Mil del Ejército Imperial de Tharkonia. El nombre de la nave era «Rayo Asolador».

—¡Jo, jo! ¡«Rayo Asolador»! ¿Qué es lo que piensas asolar ahora con esa media tonelada de hierro viejo que te queda? ¿Y éstos que te acompañan?

—Son los restos de mi dotación —contestó el joven tranquilamente.

—No quedan muchos —dijo el otro, haciendo una mueca despectiva —. Una docena, acaso.

Phaladar se encogió de hombros.

—No ha sido mía la culpa, hershitiano.

—Ya lo sé. Os habéis defendido encarnizadamente y nos habéis destruido siete naves de las doce que componían nuestro escuadrón. ¡Buena tarea, tharkonita!

—Si nos hubieseis dejado en paz, tus compañeros aún estarían vivos.

—Han corrido su suerte —dijo el asaltante con frío acento—. De modo que éstos son tus oficiales, ¿eh?

—Sí, menos la pareja que tengo al lado, que estaban en calidad de... huéspedes.

—Ah, vamos; conque los comandantes de nave de Tharkonia se permiten el lujo de tener huéspedes. Serán de calidad, ¿no?

—En su planeta lo son, por supuesto.

A través de la máscara que era el casco de vacío se pudo ver un extraño brillo en sus ojos. Lanzó una orden y, al instante, sus hombres empezaron a moverse, empujando a los cautivos hasta situarlos a todos en el puentecillo.

—¡Canallas! ¿Qué es lo que pretendéis hacer?

Pero el hershitiano no le contestó. Alzó la mano y la bajó un segundo después.

Los fusiles de los asaltantes crepitaron en silencio. Despidieron una serie de descargas luminosas, como estallidos de luz verde, fulminando a los prisioneros, que se vaporizaron casi en el acto.

El jefe de los asaltantes lanzó otra orden, ahora directamente dirigida a ellos.

—Vosotros, venid conmigo a presencia del Tercer Protector, Terhan el Grande. ¡Pronto, pronto!

CAPÍTULO VIII

Pasaron a la otra nave, utilizando unos cables metálicos que Jan Roder calculó debían de desempeñar el papel de arpeos electromagnéticos para mantener el aparato asaltante unido al derrelicto que era aquel fragmento de cosmonave en el cual habían sido hechos prisioneros.

El aparato hershitiano era, en síntesis, una esfera de unos veinticinco metros de eje, con dos prolongaciones en su centro, a ambos lados, en sentido horizontal, de sección ovalada, y concluidas en sendos abultamientos, también esféricos, pero menos que el cuerpo principal. El conjunto daba la sensación de un primitivo modelo de avión de grotesca factura, pero sin timón.

Atravesaron la esclusa de acceso y, al hacerlo, Jan se dio cuenta de que había sido conectada la gravedad artificial, porque inmediatamente sintió el consolador peso de su cuerpo sobre sus piernas. Examinó con curiosidad invencible el interior de la nueva nave.

Salvo en el tamaño y en algunos detalles accesorios, poco se diferenciaba en lo esencial de la que había sido destruida. De la esclusa siguieron por un pasillo hasta llegar a un ascensor que les llevó a un lugar situado a una docena de metros más arriba.

Mientras tanto, Jan, con perfecta naturalidad, se había despojado de su casco de vacío y, con gesto negligente, se lo había entregado a uno de los esbirros que les escoltaban. Azul y Phaladar, al verlo, hicieron lo propio, quedando únicamente con el resto del equipo sobre su cuerpo.

Salieron del ascensor encontrándose ante una pequeña plataforma. Los soldados que les habían capturado formaron un semicírculo a sus espaldas, en tanto que su jefe se adelantaba tres o cuatro pasos hacia una puerta situada justamente frente a la del ascensor.

No llegó a la puerta, sino que se detuvo a dos metros de la misma e hizo un par de ridículas inclinaciones, murmurando algo que Jan no pudo entender bien del todo. Una voz de aflautados tonos le respondió y casi al instante, la puerta, sin manos visibles que la tocaran, giró a un lado.

El jefe de los soldados se echó a un lado.

—Pasad —les ordenó—. Terhan el Grande os aguarda.

—¿Qué ha hecho para merecer tal calificativo? ¿Es un gigante? —murmuró Jan irónicamente, provocando con su frase un centelleo de ira en los ojos del esbirro.

Franquearon el umbral, seguidos por sus captores, hallándose seguidamente en una cámara amueblada de un modo que hubiera hecho reír a Roder de no hallarse su ánimo embargado por más graves preocupaciones. Todo el suelo de aquella estancia, excepto el lugar en que ellos se encontraban, estaba literalmente cubierto de cojines y almohadones, de distintos colores y, encaramado sobre uno de ellos había un hombre, cuya sola visión hizo lanzar un grito de sorpresa a la muchacha.

El hombre, Terhan según le llamaban sus subordinados, era una masa de carne que repelía a la vista. Era casi completamente esférico y de su redondo cuerpo sobresalían unos brazos y piernas delgados y menudos, amén de una cabeza con forma de pera, que le confería el aspecto de un gigantesco y repelente insecto, y que, visto en cualquier otra circunstancia, hubiera movido a risa. En su mofletudo rostro se veían unos minúsculos ojillos, pugnando por abrirse paso a través de

la grasa que los rodeaba.

—Soy Terhan el Grande, Tercer Protector de Hershite —dijo, con una voz que parecía salida de la boca de un niño de cinco años—. ¿Quiénes sois vosotros?

Siendo Phaladar el comandante de la nave destruida, era a él a quien competía hablar y lo hizo, presentándose y presentando asimismo a sus compañeros. Cuando terminó, Terhan murmuró muy satisfecho:

—He oído hablar de ti, Phaladar, y sé que el emperador de Tharkonia te tiene en gran estima. Eres un magnífico comandante de astronave, además de un hombre decidido y valeroso.

—Tus elogios no me conmueven en lo más mínimo, Terhan —dijo Phaladar muy envarado—. Lo único que te pido es que nos dejes libres.

Aquel enorme corpachón se agitó como una bola de gelatina.

—¡Libres! —rió Terhan—. ¡Qué esperanza! De modo que he arriesgado, y perdido, siete de mis mejores naves, por destruir una del Imperio, haciendo además tres prisioneros de calidad, y ahora que lo he conseguido, quieres que os suelte sin más, ¿eh?

—Mi Emperador te pedirá cuentas por lo que habéis hecho —dijo con tono duro Phaladar—. Ochocientos hombres han muerto, y entre ellos una mujer, princesa de sangre real y prima del Emperador: Hysya, que viajaba a bordo conmigo, en calidad de Comisario Imperial.

Terhan agitó una mano con gesto negligente.

—¡El Emperador! ¡Bah! ¡Tharkonia está muy lejos! ¿Quién piensa en ello ahora?

—Entonces, ¿puedo preguntarte qué es lo que vas a hacer con nosotros, si no abrigas las intenciones de devolvernos a nuestro país?

Terhan se acarició la grasienta barbilla con aire meditabundo.

—Tendré que pensármelo. Poseo informes que me dicen que tu Emperador te aprecia mucho. Somos pobres; haremos pagar por ti un buen rescate.

—No sabía que los protectores de Hershite se dedicaran personalmente a la piratería y al secuestro —dijo Phaladar con

desdén.

—Y no lo hacemos... habitualmente, se entiende. Pero cuando un hershitiano se encuentra con una de vuestras naves, es difícil desaprovechar la ocasión. Uno se siente tentado y... Hablemos de otra cosa, Phaladar. ¿Qué rango tienen tus compañeros?

Antes de que el joven pudiera hablar, Roder se adelantó.

—Soy el jefe de un planeta situado en tercer lugar de los que componen el llamado Sistema Solar.

—Para ser el jefe de ese planeta pareces muy joven —dijo Terhan—. ¿Cuál es tu título?

—Presidente del Consejo de Gobierno. Nos hallábamos...

—¿Y la muchacha que te acompaña?

—Es... mi secretaria, la única persona sobreviviente del séquito que hacía el viaje conmigo en la nave de Phaladar —mintió descaradamente Roder.

—De modo que tú eres jefe de un planeta, ¿eh? —murmuró Terhan meditabundo—. ¿Y qué hacías a bordo de la nave que hemos destruido?

—El Emperador de Tharkonia nos había invitado oficialmente a hacerle una visita con el fin de entablar relaciones amistosas.

Terhan volvió a sonreír.

—Lo cual quiere decir que tú también vales lo que pesas. Tu Gobierno pagará por ti un magnífico rescate.

—Mi Gobierno no pagará por mí un céntimo —repuso el joven con calor—. Enviará una potente escuadra de astronaves en mi busca y una vez os haya encontrado...

—Nos enviará a todos a la cámara desintegrante, ¿verdad?

—¡No! ¡Os colgará de una viga por el cuello, acusados de piratería espacial! Es lo único que os merecéis tú y tus asesinos profesionales.

—¡Cuidado, tú! No son muchos los que me han hablado tan descaradamente y siguen con vida para contarlo. Da gracias a tu elevado rango; de lo contrario, te haría arrojar inmediatamente por la

esclusa.

—Yo lo haré contigo en cuanto pueda —declaró el joven, sin hacer caso de los tirones de manga que le daba la muchacha.

—Estáis excitado —rió benevolentemente el gordo—, y ello te disculpa. Bien, lamento tener que tomar tales providencias con vosotros, pero me veré obligado a encerraros hasta que lleguemos a la capital de Hershite. Mientras tanto, enviaremos un mensaje a vuestros respectivos países, con el fin de que vayan disponiendo lo necesario para vuestro rescate.

Jan se aterró al oír aquellas palabras. ¿Qué sucederá cuando el mensaje que enviase el gordo quedase sin respuesta? Deliberadamente, sabiendo que no le iban a creer, había omitido mencionar que él era el jefe de un Gobierno situado en el tiempo, seis mil años más adelante. Pero si la superchería era descubierta...

La oportuna intervención de Phaladar le salvó.

—Tendrás que enviarlo por mediación de la red de comunicaciones de Tharkonia. En la Tierra se carece todavía de instalación de radio subespacial y tus mensajes quedarían sin respuesta.

—Entonces, ¿cómo piensa tu Emperador ponerse en contacto con el Gobierno de Roder?

—Pagará el rescate y luego éste les devolverá el importe —dijo Phaladar con tono resuelto.

Terhan hizo un movimiento de indiferencia.

—Lo mismo me da, siempre que paguen. ¡Tú —se dirigió al jefe de los esbirros—, enciérralos y pon una guardia ante la puerta de su cámara! Después haz venir a mi jefe de comunicaciones.

El rechoncho oficial se inclinó hasta casi tocar el suelo con la frente.

—Así lo haremos, señor. ¡Venid conmigo! —se dirigió a los cautivos.

Salieron de aquella estancia y, apenas lo habían hecho, Azul lanzó una exclamación.

—¡Uf! —respiró aliviadísima—. Creí que me iba a ahogar allí dentro. ¡Qué hombre tan repugnante!

—¡Calla! —gritó el oficial—. Ésos no son modos de hablar del Gran

Terhan.

—Si de mí dependiera, le colgaría de un gancho de carnicero y le sacaría las tripas —dijo ceñudo Jan.

Los porcinos ojillos del oficial chispearon de cólera. Levantó la mano con ánimo de descargarla sobre el joven, pero la resuelta expresión que vio en el rostro de éste le cortó en seco el movimiento apenas iniciado.

Se limitó a gruñir entre dientes, profiriendo varias palabrotas. Caminó hacia el ascensor, precediendo a sus prisioneros, cuya escolta no les abandonaba un segundo.

Descendieron lo que Jan calculó un par de pisos. De aquí pasaron a un pequeño corredor, a cuyo término vieron ya abierta la puerta de una estrecha cámara, en la cual se veían tres literas como todo mobiliario.

La puerta se cerró con seco chasquido y apenas lo había hecho, Phaladar cogió el brazo del joven.

—Lo has hecho muy bien, Roder. Por un momento temí fueras a contarle la verdad, cosa que, en mi opinión lo hubiera echado todo a perder.

Jan sonrió.

—Es muy difícil creer que Azul y yo pertenecemos a una época que está separada de la vuestra nada menos que por sesenta siglos de tiempo. Además, interviniste muy oportunamente cuando dijiste que tu país transmitiría el mensaje a la Tierra. Yo no sabía qué decir; figúrate lo que habrían dicho estos tipos al enterarse de que nadie les contestaba.

Phaladar se acarició la mandíbula, con aire pensativo.

—De todas formas —murmuró—, no tardaremos mucho en vernos en un serio compromiso.

—¿Por que?

—Esa bola de sebo hará enviar ahora el mensaje a mi Emperador, pidiendo el rescate. Por mí lo dará o no lo dará; pero ¿y por vosotros? Aun suponiendo que acceda, de Tharkonia enviarán un mensaje a la Tierra. ¿Qué sucederá cuando tampoco obtengan respuesta?

—No había pensado en ello. Creí que...

—El Emperador querrá cerciorarse de la existencia de tal gobierno, el de la Tierra, antes de hacer nada. Hay que tener en cuenta que ignora vuestra presencia a bordo, porque nada dijimos de vosotros dos, pero la verdad no puede tardar en ser descubierta.

—La duda estriba —dijo Jan—, en si tu Emperador dará o no por buenas las manifestaciones de Terhan, transcribiendo las nuestras. Y cuando se entere de que su prima ha desaparecido en el espacio, muerta a estas horas con toda seguridad...

Phaladar se mordió los labios.

—Eso es lo que estoy temiendo. Entre los miembros que componen la familia imperial hay siempre disensiones pero basta que a uno de ellos le suceda algo para que los demás se unan estrechamente, codo con codo, contra el individuo que les ha causado la ofensa.

—Tú no les has ofendido en absoluto.

—Pero la he dejado perder. Y entonces, lo más seguro es que el Emperador diga que el comandante que dejó perder a su prima Hysya puede ser ahorcado o arrojado al espacio, tanto da.

—¿Crees que obrará así?

—No tendría nada de particular —dijo sombríamente.

Y después de estas palabras hubo un gran silencio en la estancia.

Azul dio un par de pasos y se acercó al joven tocándole el brazo con la mano. Le miró a los ojos.

Jan sonrió afectuosamente.

—Tuve una buena idea al efectuar aquel viaje temporal, muchacha.

Ella sacudió la cabeza.

—Ahora ya, ¡qué más da todo! Jan, yo lo que quiero es que sepas que... Bueno, que no tengo nada que reprocharte. Has cumplido con tu deber y eso es lo que importa.

El joven la tomó por los hombros.

—Eres una chica maravillosa, Azul. ¿A quién se le ocurriría ponerte un

nombre tan bonito?

—Fue mi madre, buscando algo original… —y de repente, la muchacha, sin poder contenerse, se lanzó sollozando en brazos de Jan.

Éste trató de consolarla, diciendo:

—¡Vamos, vamos, no debes preocuparte tanto, Azul! A fin de cuentas, estamos vivos. Y mientras hay vida…

Ella levantó la cabeza y se secó las lágrimas de un manotazo.

—No… si no lloro por nosotros… Es por… John Rhoderick y su esposa… ¡Jan, están perdidos en el espacio… y son los Iniciadores! Nuestra Era ya no tendrá lugar y… Jan, queda ya tan poco tiempo para que despierten…

El joven rechinó los dientes de ira, pero trató de contenerse, por no preocupar más a la muchacha.

Luego dijo:

—Será mejor que nos despojemos de los trajes de vacío. Aquí dentro nos estorban y, de momento, no nos sirven para nada.

Ayudó a Azul a desprenderse de la engorrosa vestimenta y luego hizo lo propio con la suya, dejándola en una de las literas. Entonces fue cuando Phaladar reparó en algo que el joven había escondido debajo de su traje.

—¡Diablos! —exclamó boquiabierto—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Lo hice poco antes del asalto —sonrió Roder—. Siempre es útil, ¿no crees?

—Por supuesto, pero ¿qué es lo que piensas hacer?

Jan meditó unos segundos.

—Yo no entiendo ni jota del manejo de una astronave. Pero tú puedes hacerlo, ¿verdad?

Phaladar asintió.

—Claro que sí —y de repente, muy alarmado, exclamó—: ¡Oye! ¿No pensarás…

—Tengo esa intención —dijo el joven, con gesto ceñudo—. En mi época estamos muy reblandecidos por las comodidades de que disfrutamos, pero he leído mucha historia y sé que nuestros antepasados no se daban por vencidos en una empresa antes de haber agotado todas las posibilidades.

—¡Hum! —masculló el tharkonita—. Lo veo muy difícil. Ellos son muchos y nosotros somos sólo tres. Mejor dicho, uno solo: tú; porque nosotros dos, Azul y yo...

—Azul y tú me ayudaréis mucho si actuáis al mismo tiempo que yo. Además, hay que tener en cuenta que contamos con un valioso aliado, que se convertirá en enemigo de estos macacos: la sorpresa. Ellos no saben que somos poseedores de un inestimable tesoro.

—Si por lo menos hubiera dos... —suspiró Phaladar con melancolía.

—Después podrás disponer de todas las armas que desees.

—¿Cuándo piensas dar el golpe?

—Esperaré la ocasión propicia. No pienso lanzarme a ciegas en cualquier momento, a menos que las circunstancias me obliguen a ello.

Phaladar se acarició la mandíbula.

—Está bien —dijo al cabo—. Así como así, prefiero morir luchando que no sobrevivir con deshonor. Tengo una reputación y me dolería volver a mi país cubierto de vergüenza, por la derrota.

—Volverás y no lleno de vergüenza, sino rodeado por una aureola de gloria, como jamás la habrá poseído nadie antes que tú.

El tiempo empezó a pasar lentamente. En una ocasión, les dieron de comer, con lo que restauraron sus fuerzas, cosa que buena falta les hacía. Al terminar, Jan preguntó:

—¿Qué tiempo se emplea en la transmisión de un mensaje subespacial?

Phaladar hizo un gesto indefinible.

—Oh, no puede predecirse. Ignoro, de momento, la posición en que nos encontramos, pero hay que tener en cuenta que debe ser retransmitido por varias estaciones antes de llegar a su destino. Luego,

una vez recibido en Tharkonia, tendrán que participárselo al Emperador.

—Por supuesto, pero ¿qué ocurre con esto?

—Pues que la cosa no es tan sencilla como parece. Soy un simple comandante de astronave y como yo hay muchos, cientos, miles, en el Imperio. ¿Cómo quieres que se preocupen...?

—Tendrán que hacerlo. Hysya viajaba contigo.

El rostro de Phaladar se nubló inmediatamente.

—Es cierto —murmuró con voz sorda—. ¡Hysya!

Jan le puso una mano encima.

—¿La querías?

El rostro de Phaladar expresó claramente todo lo que no quería decir con palabras. Y Jan no le quiso decir nada, sabiendo que, en aquella ocasión, todo consuelo iba a ser perfectamente inútil.

Pasaron los minutos.

Súbitamente, un seco chasquido se oyó en la parte exterior.

Jan saltó hacia su litera, sentándose en el borde, con el traje espacial sobre las rodillas y su mano derecha bajo la prenda.

La puerta se abrió bruscamente y un hombre penetró en la estancia.

Era el oficial que les había capturado, en cuyos ojos se veía una airada expresión.

—¡Habéis mentido! —exclamó a gritos.

—¿Mentido... por qué? —preguntó Jan tranquilamente.

Azul y Phaladar estaban detrás de él y un poco a su derecha.

—¡No existe ese planeta que llamáis Tierra! —aulló el hershitiano—. En Tharkonia no le han oído jamás.

Jan emitió una negligente sonrisita.

—Y tú —dijo, sacando de debajo del traje la mano armada con una

pesada pistola desintegrante—, ¿has oído hablar de esto?

La sorpresa recibida por el rechoncho oficial fue tan grande que, de momento, sólo supo abrir la boca desmesuradamente.

CAPÍTULO IX

Acércate —sonrió Jan—, acércate. Y no hagas el menor ruido si quieres vivir.

El hershitiano tragó saliva.

—¡Glub...! Yo... bueno... ¿de dónde habéis sacado eso? —preguntó, sin quitar la vista del cañón de la pistola.

—Poseo facultades especiales que me permiten materializar en el aire cuanto deseo. Hago así con la mano y ¡plaf!, una pistola que me aparece —rió Jan—. ¿Te gustaría que te enviase al espacio con tan sólo el poder de mi mente?

El esbirro se aterró.

—¡No, por lo que más quieras! ¡No lo hagas! —balbuceó, estremecido por el pánico.

—Entonces ven aquí de una vez y cesa de gemir —dijo el joven con tono duro. Se puso en pie.

El otro obedeció, con el más abyecto pánico retratado en sus ojos.

—¿Qué... qué es lo que piensas hacer conmigo? —preguntó.

Jan salió a su encuentro.

—Te lo diré ahora mismo. Vamos, da un paso más. —Movió la mano izquierda y dijo—: Phaladar, cierra la puerta.

El aludido obedeció, quedándose con la espalda apoyada, en ella. Apenas lo había hecho, se oyó un fuerte chasquido.

El oficial se desplomó al suelo como una masa, perdido por completo

el conocimiento a consecuencia del golpe que le había asestado el joven. Inmediatamente Phaladar se abalanzó sobre el caído y le despojó de su armamento, consistente en una pistola muy parecida a los fusiles que ya habían visto antes.

La examinó con visible fruición.

—Es de otro tipo, pero sus descargas producen el mismo efecto. Bien —miró al joven—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Jan reflexionó unos instantes.

—Es indudable —dijo— que todos están tan desprevenidos como éste —y golpeó con el pie el cuerpo del caído—. Tenemos que actuar rápida y precavidamente. Si logramos apoderamos de la nave, el resto será fácil. ¿Cuánto tiempo —preguntó— crees que tardaremos en llegar a tu país?

—Primero tendría que saber la posición en que nos hallamos —repuso Phaladar—. Pero en ningún momento un tiempo inferior a seis meses.

—Demasiado —dijo.

—¿Por qué?

—En el mejor de los casos, es decir, suponiendo que John y Arabel estén vivos en el fragmento de nave que se desgajó, despertarán antes de dos semanas terrestres, lo cual quiere decir que no tendremos tiempo de avisar a Tharkonia, y hacer salir de allí una serie de patrullas exploradoras que rastrillasen esta zona del espacio.

Jan se pasó la mano por la frente.

—Todo esto —concluyó—, suponiendo que logremos apoderarnos de esta nave.

Phaladar blandió su pistola con decisión.

—La sorpresa vale por la mitad de su número, al menos. Están muy lejos de sospechar que tú y yo somos los poseedores de dos pistolas desintegrantes. Y esto les va a dar mucho trabajo —exclamó con tono casi triunfal.

—Bien —dijo Roder—, al menos, que no quede por nosotros. Vamos a salir y a intentar llegar cuanto antes a la cámara del gordo. Si reducimos a la impotencia a esa bola de manteca, los demás no creo

que opongan mucha resistencia.

—Yo iré el primero. No es que esté habituado a ellas, pero tampoco es la primera vez que me encuentro en el interior de una nave hershitiana. ¿Y la joven?

Jan arrojó una mirada oblicua hacia la mencionada.

—Esperará aquí —dijo.

Ella se le arrojó encima.

—¡No! —exclamó vehementemente—. ¡No, Jan! Por lo que más quieras, llévame contigo. No soportaría el quedarme aquí aguardando... Lo que sea de vosotros será también de mí.

Phaladar palmeó amistosamente los hombros del joven.

—Debieras sentirte orgulloso de ella, Roder. Bien —suspiró—; vamos allá.

Abrieron la puerta, y apenas lo había hecho, Phaladar cerró apresuradamente, al mismo tiempo que se llevaba un dedo a los labios, recomendando silencio.

Unos pasos fuertes, rítmicos, se oyeron, sonando contra el pavimento. El sonido se detuvo súbitamente frente a la misma puerta.

Jan se mordió los labios hasta casi hacerlos sangrar. Eran dos individuos y a lo que parecía andaban buscando al oficial que yacía en un rincón de la cámara, según delataban sus comentarios.

—Esperaremos aquí —oyeron decir a uno de ellos—. No puede tardar.

Jan y Phaladar se miraron, consultándose con la vista. La situación era bastante delicada, porque aquellos individuos podían llegar a impacientarse.

Entonces fue cuando Jan hizo un gesto significativo, prestamente comprendido por Phaladar.

El joven se acercó a la puerta, habiéndose metido el cañón de su desintegradora en el cinturón. Flexionó los dedos de las manos y luego movió la cabeza señalando la puerta.

Phaladar abrió de golpe y el joven saltó hacia adelante en el mismo momento.

Los dos esbirros estaban a un metro de la puerta. Uno de ellos daba la espalda y hacia éste dirigió el joven su ataque.

Pasándole el brazo izquierdo por debajo de la mandíbula, le cortó de un solo golpe la posibilidad de lanzar un grito de alarma, al mismo tiempo que le aferraba la muñeca derecha con el fin de impedirle utilizar el arma que le pendía del cinturón.

Mientras tanto, Phaladar no se había quedado quieto.

A un costado del joven, avanzó, blandiendo amenazadoramente la pistola de que se había apoderado. El otro soldado, más asombrado que asustado, se quedó paralizado inmediatamente.

Jan tiró de su prisionero, arrastrándole hacia el interior de la cámara, a pesar de los violentos esfuerzos que hacía por desasirse. Apretó el brazo izquierdo, pero el individuo tenía un cuello de toro y lo que en otra persona hubiera sido causa de un instantáneo desvanecimiento, en aquél quedaba reducido a una simple mudez por opresión de las cuerdas vocales.

Mantuvo así a su antagonista, hasta que hubo visto entrar al segundo, «arrastrado» por la pistola de Phaladar. Apenas hubieron cruzado el umbral, Azul cerró la puerta.

Phaladar movió el arma y el individuo cayó al suelo fulminado. Entonces Jan soltó su mano derecha al mismo tiempo que daba un paso atrás.

El hershitiano trató de volverse, rugiendo atronadoramente, y simultáneamente trató de sacar su pistola. Pero no tuvo tiempo.

Precisamente Jan lo había soltado con el fin de obrar con más libertad. Su pistola bajó con fulmínea rapidez, impactando con sonoro choque contra la cabeza de su oponente.

Las gruesas y cortas piernas del hershitiano se doblaron. Pero, aun así, a pesar de estar medio atontado, no había perdido del todo el conocimiento y persistía en sus intenciones de desenfundar el arma.

Jan golpeó ahora sin piedad. El cráneo del esbirro crujió sonoramente.

Cuando le hubo visto en el suelo, tendido a sus pies, Jan exhaló un suspiro de alivio.

—¡Diablos! ¡Vaya una cabeza dura!

—¡Bravo! ¡Buena y valiente chica! Ha estado muy bien lo que has hecho.

—Salgamos fuera de una vez —aconsejó Phaladar—, de lo contrario, los cuerpos de los prisioneros acabarán por echarnos.

Jan sonrió ante la irónica observación de su compañero de infortunio. Asió el pomo de la puerta, mientras decía:

—Es una lástima que estos tipos sean tan bajos; habríamos podido tomar sus ropas y así pasar mejor inadvertidos.

—Pero no lo podemos hacer. ¡Andando!

Abrieron la puerta. Esta vez el espacio estaba despejado y pudieron salir sin mayores inconvenientes.

Tal como lo habían acordado, Phaladar caminaba el primero. Los dos hombres enarbolaban sus pistolas desintegrantes, listos para utilizarlas en cualquier eventualidad. Así llegaron a una escalera de caracol que enlazaba las distintas plataformas de los varios pisos que componían el interior de la nave.

El suelo estaba cubierto de una elástica capa de algo que parecía caucho o plástico, lo cual amortiguaba notablemente los ruidos que producían al caminar. Pero cuando estaban a punto de asomar a la plataforma superior sintieron unas fuertes pisadas por encima de ellos.

Jan se dijo que aquellos individuos debían de poseer un peso excepcional para producir un ruido tan fuerte, a pesar de la capa amortiguadora que –luego lo sabría, era, además, aislante- cubría el pavimento. Pero también sucedía que se creían seguros y no tenían motivos para guardar ningún género de precauciones.

Los pasos perdieron su ritmo al llegar frente al escotillón de salida de la escalera. Unas piernas, gruesas como troncos de olivo, asomaron inmediatamente por los primeros peldaños.

Los tres fugitivos se aplastaron contra la barandilla de la escalera. El hershitiano continuó el descenso.

Los ojos del soldado se desorbitaron al ver allí a tres personas a las que consideraba como cautivas. Abrió la boca para lanzar un grito y esto fue lo último que hizo en su vida.

Mientras se disipaba la nauseabunda nube de humo en que se había

convertido el esbirro, Phaladar sacudió la cabeza.

—¡Ojalá no tengan ningún detector interno en funcionamiento! —dijo en voz baja, después de lo cual se arriesgó a sacar la cabeza por el escotillón.

Escrutó durante unos instantes el terreno, después de lo cual movió la mano. Jan y Azul lo siguieron a la carrera.

Los tres corrieron a toda la velocidad que les daban sus piernas. Aún tuvieron que subir dos plataformas más, después de lo cual se encontraron ante la puerta de la cámara de Terhan.

Había un soldado de guardia en la misma, el cual fue desintegrado por un disparo hecho por Phaladar antes de que, terriblemente sorprendido, tuviera tiempo de dar la voz de alarma. Franqueado el paso, el trío se arrojó de golpe en el interior de la estancia.

Mientras la muchacha cerraba la puerta, los dos hombres se fueron hacia Terhan, cuya boca estaba abierta de par en par, en tanto que su cuerpo se estremecía como un globo lleno de gelatina.

—¡No... no me hagáis daño...! ¡Yo os... os...!

Los lamentos del gordo se convirtieron en unos chillidos de pavor cuando la pistola de Phaladar le machacó despiadadamente los labios, convirtiéndoselos en una pulpa sanguinolenta.

—¡Cesa ya de quejarte como una mujerzuela! —le increpó duramente —. ¿Dónde está vuestra central de comunicaciones?

Terhan escupió unos cuantos dientes envueltos en sangre antes de contestar.

—En... en la cámara de derrota —lloriqueó.

—Pues tú nos vas a acompañar hasta allí. Y cuidadito con hacer el menor movimiento sospechoso o te asamos.

Entre los dos hombres izaron a pulso a Terhan, ya que él apenas podía sostenerse sobre sus débiles piernas. Sujetándolo por ambos brazos, lo llevaron hasta la puerta, haciéndole callar con un par de golpes bien aplicados.

Jan advirtió que la muchacha se había provisto de una pistola desintegrante, hallada sin duda en la cámara. Azul abrió la puerta y,

antes de que pudiera frenar su movimiento, la vio lanzarse fuera.

La pistola de Azul destalló dos veces seguidas, disolviendo en humo a otros tantos soldados que habían tratado de salirle al encuentro.

—¡El paso está libre! —anunció—. ¡Venid!

—¡Vamos! —gruñó Phaladar—. ¡Condúcenos a la emisora de radio subespacial!

Temblequeando como una gallina, Terhan les indicó el camino. Un pelotón de guardias, sin duda ya advertidos de la escapatoria de los prisioneros, les salió al paso, pero entre los efectos de unos cuantos disparos de Azul y la vista de su jefe, aprisionado entre los dos hombres, resolvieron detenerse por el momento.

—¡Atrás! ¡Atrás todos! —les ordenó Jan, apoyando significativamente la boca de su pistola en el costado de Terhan.

—¡Sí, sí, obedeced! —gimoteó éste cobardemente— ¡O me matarán! ¡Tirad las armas al suelo!

Los soldados obedecieron, quedándose inmóviles en el mismo sitio, en tanto contemplaban a su jefe caminar bien sujeto entre sus captores. Terhan les hizo bajar un par de pisos, llevándoles luego a una cámara en donde había un par de hombres que se hicieron a un lado al verles entrar.

—¡Fuera de aquí! ¡Inmediatamente! —les ordenó Jan, y los hershitianos, amedrentados, obedecieron.

—¿Sabes tú manejar estos aparatos? —preguntó a Phaladar acto seguido.

El aludido asintió.

—No me será muy difícil —dijo, sentándose ante una mesa llena de instrumentos.

Durante unos momentos, Phaladar estuvo manipulando en los aparatos hasta que Jan le oyó exhalar una exclamación de alivio. Enseguida, el tharkonita empezó a hablar rápidamente, contando lo que les sucedía.

Cuando terminó, se volvió hacia sus compañeros para explicarles.

—No sé si podremos o no salvar a Hysya y los durmientes, pero, al

menos, estos piratas no se quedarán sin su castigo. Hay ochocientos hombres que vengar, muertos en un traidor ataque, sin provocación alguna, y éste es un crimen que no admite el perdón.

El rostro de Terhan adquirió en un instante el color de la ceniza. Trató de hablar, pero su boca sólo consiguió emitir unos sonidos inarticulados.

Inesperadamente, el gordo dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, desarrollando una velocidad increíble en un hombre de tan voluminosa complexión. Su movimiento cogió tan desprevenidos a los fugitivos, que cuando se quisieron dar cuenta, ya había abierto la puerta y se lanzaba hacia la plataforma, chillando como un conejo perseguido por una jauría.

Súbitamente, varias rayas de color brillante cruzaron la atmósfera, yendo a incidir en el cuerpo de Terhan. Los gritos de éste quedaron cortados en seco cuando toda su voluminosa humanidad se convirtió en una danzante nube de hediondo vapor.

Azul lanzó un agudo grito de espanto, echándose instintivamente a un lado, justo en el momento en que penetraba en la estancia un par de descargas más que volatilizaron parte del suelo. La atmósfera se hizo irrespirable a causa del mal olor.

Después hubo unos momentos de silencio.

Alguien lo rompió, gritando a pleno pulmón:

—¡Rendíos, tharkonitas! ¡Tirad las armas y salid de uno en uno con las manos en la nuca! ¡De lo contrario, os achicharráramos sin compasión!

El que hablaba apoyó su intimación con otros dos disparos que fundieron los goznes de la puerta, con lo cual impidió el cierre de la misma.

Phaladar y Jan se miraron mutuamente.

—La situación es apuradilla, terrestre —dijo el primero.

Jan hizo una mueca.

—Sí, pero... ¡Aguarda, se me ha ocurrido una idea! ¡Quizá sea desesperada pero...!

Corrió hacia la puerta, asomó la cabeza un segundo, y volvió a esconderse antes que el subsiguiente disparo pudiera alcanzarle.

Después miró a Phaladar.

—Están ahí, en el puente de acceso. Son casi una docena. Trata de contenerlos en tanto yo hago una cosa.

CAPÍTULO X

De vez en cuando, una descarga desintegrante disparada por los hershitianos penetraba en la estancia, volatilizando un fragmento del piso. Pero apelotonados como estaban en el puentecillo frontero, no podían causarles daño, a menos que todos disparasen a la vez, con lo cual podrían incluso llegar a destruir la cosmonave, cosa que tampoco les convenía.

De momento no se atrevían a más.

Por tanto, habían quedado en un callejón sin salida. Phaladar y Azul se hallaban a ambos lados de la puerta, armado cada uno con sendas pistolas desintegrantes, soltando de vez en cuando alguna descarga para contener las veleidades que pudieran sentir sus enemigos de lanzarse al asalto de la cámara.

Mientras tanto, Jan protegido por sus amigos trabajaba frenéticamente en el cuadro de mandos. De pronto, Phaladar lanzó un grito.

—¡Date prisa, Roder! ¡Parece que se están impacientando!

—Cinco segundos —contestó el joven—. Cinco segundos nada más y… ¡ya está!

Corrió hacia la puerta, procurando desenfilarse de los posibles disparos enemigos. En las manos llevaba los extremos de un cable eléctrico, cuyos respectivos conductores habían sido separados a un metro del final. En uno de los polos, desnudo el hilo de su aislamiento, había sujetado el joven un pedazo de metal, en tanto que en el otro se hallaba su propia desintegradora, atada por la guarda del gatillo.

Phaladar le miró, admirado de la ingeniosa solución.

Jan dijo:

—Lanzad unos cuantos disparos, ¡pronto!

Arriesgándose a ser desintegrados, Phaladar y la muchacha asomaron los brazos y soltaron unas cuantas descargas, que, si no obtuvieron ningún blanco, sirvieron, en cambio, para refrenar los ímpetus de los hershitianos. Entonces fue cuando el joven, plantándose súbitamente en el centro de la puerta, lanzó el cable.

Arrastrado por las dos pesadas masas que había en sus extremos, el hilo voló por los aires, chocando al final con uno de los hierros de la baranda del puentecillo, enredándose en ellos.

Todavía estaba desenrollándose el cable, cuando ya el joven había regresado junto al cuadro de mandos. Asió con firme puño una palanca y gritó:

—¡Pronto, fuera de la puerta!

Y bajó la palanca.

Un terrible fogonazo estalló en el mismo instante con el mismo seco chasquido que hubiera producido el latigazo de un gigante. Los gritos de susto y alarma que habían proferido los hershitianos quedaron cortados súbitamente por la acción conjunta del cortocircuito provocado por el joven y la explosión de la pistola desintegrante.

Después cortó la corriente. Volvió a la puerta y se arriesgó a asomar la cabeza.

El espectáculo era aterrador. El puente había desaparecido casi por completo, volatilizado por el estallido, así como la mayoría de cuantos estaban sobre el mismo. Algunos, que estaban en la plataforma que circundaba a la columna central, habían caído doblados sobre la barandilla, electrocutados al pasar la corriente por los hierros de la misma. Ni uno solo de cuantos componían aquel grupo atacante había conseguido salvarse.

—Dame tu pistola —pidió Jan, y Azul se la entregó al instante.

Salieron de la cámara.

—Tú nos llevarás al puesto de control, Phaladar —exclamó el joven.

El aludido asintió. Descendieron al piso inferior, cruzando el

puentecillo que unía éste con la columna central, en la cual se introdujeron. Un ascensor de reducido tamaño les llevó tres pisos más arriba, en donde se hallaron con el cuarto de derrota, completamente vacío.

—Hemos debido de liquidarlos a todos —manifestó Phaladar.

—Así parece. Pero se me hace muy extraño que estas naves lleven una tripulación tan reducida.

En aquel momento, la luz de señales de un altoparlante empezó a titilar. Phaladar se fue hacia el control y le dio el contacto.

—Nos rendimos —dijo una voz—. Queremos entregarnos.

Phaladar miró a Jan.

—Muy bien —asintió éste—. Respóndales que suban al piso inferior, que se coloquen en la plataforma frontera y que pongan todos las manos en alto. Que ninguno lleve armas o les desintegraremos igualmente.

Phaladar dijo lo que le indicaban y luego los dos hombres se asomaron a la puerta de la cámara, con las pistolas listas para cualquier evento.

Treinta segundos más tarde, vieron subir una larga fila de hombres, todos ellos desarmados y con las manos en la nuca. Tal como les habían ordenado, se colocaron en el piso inferior, frente a ellos, contemplándoles con estólida expresión.

Habría unos veinte, en ninguno de los cuales se advertía la menor señal de arma alguna. Jan, entonces, se acercó a Phaladar.

—¿Por qué diablos se rinden? ¿Es que no comprenden que, si quisieran, podrían darnos un buen disgusto? —le cuchicheó al oído.

—Posiblemente —le contestó Phaladar en el mismo tono— están asustados por el estallido que provocaste. Creen que tenemos una nueva arma y... —Levantó la voz—: De uno en uno, pasad al cuarto inmediato y cerrad la puerta.

Contemplaron la operación, hasta que sólo quedaba uno por entrar. Entonces Jan gritó:

—¡Eh, tú, quieto, no entres!

El hershitiano se volvió a mirarle.

—Cierra por fuera la puerta y luego sube aquí. Cuidadito con intentar nada, ¿estamos?

El hombre obedeció, con el temor retratado en sus menudos ojillos. Después de haber cumplimentado lo que le ordenaron, apareció en la cámara.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Jan.

El otro dio un nombre muy enrevesado y difícil de pronunciar.

—Bueno —dijo Jan—, pareces un gorila, pero sé que todos vosotros sois muy inteligentes. Tendrás que ayudarnos o de lo contrario... —y sin terminar la frase, blandió la pistola de modo harto significativo.

El individuo asintió.

—Yo era... era tercer astronavegador de esta nave.

—¡Magnífico! ¡Phaladar —exclamó el joven—, ya tienes un ayudante! ¡Ahora que, si se porta mal, te autorizo a que le conviertas en humo! ¡Vamos, siéntate ahí y has de dar a la nave media vuelta!

Phaladar y el gorila se sentaron ante los mandos, empezando a hacerlos funcionar.

—¿Cuántas naves componían vuestra escuadra? —preguntó Jan.

—Doce. Ahora sólo quedan cinco, incluyendo ésta, naturalmente — contestó el hershitiano.

Jan miró sonriente a su amigo.

—Hiciste una buena tarea.

—Sí —contestó ceñudo el otro—; pero estos perros mataron a la princesa.

—También destruyeron a mis antepasados —dijo Jan—. Es decir, suponemos que fue así la cosa, porque, hasta ahora, lo único que sabemos es que la sección en que se hallaba fue lanzada al espacio. Por eso damos media vuelta, para tratar de encontrarlos.

El aspecto del cielo empezó a cambiar a medida que la nave iba desarrollando su virada de 180°. Nuevas estrellas sustituyeron a las ya conocidas.

Súbitamente, la lámpara de la radio se encendió y empezó a oscilar.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Jan.

—Nos están llamando —contestó el hershitiano.

—¿Quién?

La lucecita osciló varias veces, siguiendo un ritmo perfectamente definido. Al fin, el gorila contestó.

—Es la nave del capitán Gondro, señor. Uno de los jefes de nave de nuestra escuadra.

—Muy bien —repuso el joven—. Contéstale que damos media vuelta y que ellos sigan su camino. Ya les alcanzaremos nosotros más adelante.

El individuo obedeció, hablando unos segundos por el micrófono.

Al terminar, una voz áspera, imperativa, sonó en el altoparlante.

—¡Quiero la confirmación de labios del propio Terhan! ¡Que me lo diga él mismo y entonces obedeceré!

Jan alargó la mano, tapando el micrófono, y miró a sus compañeros.

—Este tipo no se fía. ¿Qué hacemos?

—Es lógico que se porte así —dijo Phaladar—. Cualquiera en su lugar obraría de idéntica manera. Dile —se dirigió al prisionero—, que Terhan está indispuesto. Dale tu nombre, además, a ver si así se convence.

La respuesta del suspicaz fue contundente.

—Si dentro de sesenta segundos no me ha contestado el propio Terhan, dejándose ver, además, por la pantalla visora, abriré el fuego.

—¡Diablos! —exclamó el joven, a media voz—. Este fulano parece que no es tonto y se toma las cosas en serio.

—Nosotros también —dijo Phaladar, frunciendo el ceño—. Jan, Azul, sentaos en los sillones y sujetaos con las correas. Tú, pon en marcha las pantallas detectoras de situación. No se te ocurra traicionarnos o no vivirás para contarlo.

El hershitiano asintió, tragando saliva ruidosamente. Un par de

pantallas se iluminaron sobre el tablero y sobre ellas pudieron apreciarse cuatro puntitos verdes que no podían confundirse en modo alguno con los luceros que brillaban en el firmamento.

—Quedan treinta segundos —anunció el altoparlante en tono metálico.

—Suficiente —masculló Phaladar, cuyas manos se movían activamente por el tablero de mandos. De súbito, detuvo un instante la derecha y luego empujó el dedo índice a fondo.

Una suave sacudida estremeció la nave.

Inmediatamente, un agudo chillido penetró en la cámara.

—¡Hershitianos, traición! ¡El Tercer Protector ha sido capturado y ahora nos atacan! ¡Disparad...!

El resto de la frase quedó cortado en seco justo en el instante en que un devastador fogonazo iluminaba el espacio en aquel sector.

—¡Blanco! —anunció Phaladar, muy satisfecho. Movió la mano de nuevo y otra raya de color cárdeno surcó la negrura que se veía frente a ella.

El indicador de impactos permaneció apagado esta vez, pese a haberse visto un fogonazo a los pocos instantes de haber sido disparado el segundo torpedo. Pero casi en el acto, un penetrante chirrido estremeció la atmósfera.

—¡Nos han disparado un torpedo! —gritó despavorido el gorila.

Jan se inclinó hacia adelante, siguiendo con anhelosa expresión todas las manipulaciones de Phaladar. Éste pulsó varias teclas con rapidísimos movimientos, haciendo que varias estelas de color escarlata salieran despedidas en distintas direcciones.

Un fogonazo de color verde anunció la destrucción de una nave enemiga, antes de que el indicador de impactos se lo señalara. Pero todavía conservaban en sus retinas la luz del chispazo, cuando una brutal sacudida estremeció la nave de arriba a abajo.

Un desgarrador crujido sonó, con notas estremecedoras. El aparato bailó agitadamente durante unos segundos y luego se estabilizó.

—El torpedo enemigo ha estallado a poca distancia del casco —

anunció Phaladar fríamente.

—Quedan todavía dos naves —dijo Jan—. ¿Podrás deshacerte de ellas?

Phaladar no contestó, muy atareado en el cuadro de mandos. Otro estampido les aturdió, al mismo tiempo que la nave se agitaba como un corcho en la corriente de un río en crecida.

La luz falló unos instantes, encendiéndose de nuevo. Pero, súbitamente, un buen montón de lamparitas indicadoras empezó a apagarse.

Phaladar lanzó una maldición. Pulsó varias teclas sin obtener el menor resultado práctico.

—Están averiados totalmente los mecanismos de lanzamiento —anunció con sombrío acento.

—¿No hay medio de repararlos? —preguntó Jan ansiosamente, al mismo tiempo que sentía se le clavaban en la mano las uñas de la muchacha.

Phaladar miró inquisitivamente al prisionero

—No tenemos reparadoras automáticas —dijo el gorila.

Un detector chirrió. El hershitiano anunció:

—Se están acercando las dos naves que quedan. Posiblemente vienen a investigar, pues se han dado cuenta de que no les podéis contestar.

Phaladar lanzó una maldición. Ahora sí que la situación se le había vuelto en contra. O se entregaban o, de lo contrario, los otros les fulminarían impunemente desde corta distancia.

Unos minutos más tarde, podían divisar a simple vista las dos naves hershitianas, oscuras, sombrías, amenazadoras, situadas a menos de doscientos metros de la suya, tratando de equiparar las órbitas respectivas a fin de abarloar a su costado.

—Esto es el fin —exclamó Phaladar desalentado, y en aquel momento, un estruendoso chirrido inundó con sus vibraciones la estancia.

—¡Nos torpedean! —gritó Jan, sin darse cuenta de que, de haber sido cierta su afirmación, no habría tenido tiempo de pronunciar la frase, dada la corta distancia que les separaba de las otras naves.

Frente a ellos, uno de los aparatos se disolvió en un feroz relámpago. Otro estallido inundó el espacio de luz casi inmediatamente.

—¡Bueno! —exclamó Phaladar, echando hacia atrás en su asiento, al mismo tiempo que se cruzaba de brazos—. Ya no podemos hacer nada. A fin de cuentas, ésta es una muerte muy agradable. Uno no llega a enterarse de...

Una voz le interrumpió. No era la de Jan ni la de Azul y brotaba, además, del megáfono.

—¿Está ahí el comandante Phaladar?

Cada uno de los tres exhaló un grito, de tan simultánea manera, que se confundieron en uno solo.

—¡Hysya!

* * *

Visto desde la cámara de la nave almirante, el espectáculo era magnífico. Una veintena de cosmonaves, brillando por todas sus luces de a bordo, escoltaban a la primera, en tanto volaban raudamente por el espacio en dirección a un punto definido.

Junto a un sujeto de majestuoso aspecto, comandante de aquella flota, se encontraban los tres rescatados, además de Hysya, la cual había abandonado sus manos en las de Phaladar, apoyando amorosamente la cabeza en el hombro de éste.

—Fue una suerte, una increíble suerte, que no sufriéramos ningún daño. Toda la sección entera, apenas habíamos llegado Tett y yo a la cámara de los durmientes, fue arrancada del navío y arrojada al espacio. Vagamos sin rumbo durante unas horas, incomunicados y sin posibilidades de defensa, temiendo en cualquier momento un disparo de esos piratas, pero, afortunadamente, no se produjo. Luego nos encontramos con esta armada que patrullaba el cielo en vista de nuestro retraso.

»Nuestros escuchas captaron las conversaciones que sosteníais con aquel capitán hershitiano. Esto fue suficiente para localizaros y deducir que vivíais. El resto...

Hysya se separó un poco. Miró a su amado.

—Ya no tenemos por qué seguir hablando de ese asunto. Phaladar, el Emperador ha enviado un mensaje.

—Me destituirá por haber perdido mi nave —contestó sombríamente.

Ella movió la cabeza. Sonreía.

—No. Te asciende a capitán de Un Millón, lo cual equivale en rango al de un príncipe de la sangre.

—¡Hysya! —exclamó él, estupefacto.

La muchacha le miró amorosamente.

—Pero, aunque te hubieran degradado a soldado, yo te habría amado igualmente, Phaladar —y estas últimas palabras sólo pudieron ser escuchadas por los interesados.

Después, Hysya dijo.

—Ahora llevaremos a Jan y Azul a su planeta, devolviéndoles a los durmientes. Dejaremos que la Tierra siga el camino que tiene trazado. Es un planeta que no debe ser colonizado y se excluirá de las rutas de exploración.

Jan se adelantó y estrechó fuertemente las manos de la joven.

—¡Gracias, Hysya, gracias! —fue todo lo que acertó a decir.

* * *

Ocultos tras un espeso matorral, Jan y Azul contemplaban fijamente la entrada de la cueva.

—¿Falta mucho? —preguntó ella.

Jan consultó su reloj.

—No. Unos segundos tan sólo… Míralos, ahí están.

Dos personas salieron al aire libre. Caminaban ligeramente envaradas,

como quien ha mantenido durante largo tiempo la misma postura.

Parpadearon, deslumbrados por la rutilante luz del sol. Se detuvieron en la pequeña explanada que había frente a la entrada del túnel.

Permanecieron así unos momentos, llenando sus pulmones del aire fresco y perfumado del amanecer. El cielo, hacia Oriente, era un vivo incendio.

Súbitamente, el sol asomó por detrás de las sierras cercanas. Un rayo dio de lleno en los rostros de John Rhoderick y su esposa.

Ambos se miraron y sonrieron, cogidos de las manos. Hablaron algo, pero desde la distancia, Jan y Azul no les pudieron escuchar. Sin embargo, se les adivinaba felices y satisfechos.

Jan tocó el hombro de la muchacha. Ésta le miró.

—Vámonos. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Ella asintió, poniéndose en pie y retirándose cautelosamente hacia el cronomóvil que descansaba a unos metros de distancia.

Azul y Jan se volvieron todavía para contemplar por última vez a los que acababan de despertarse después de un sueño de trescientos años.

—Ésta es su hora —dijo Jan—. Ahora les corresponde actuar a ellos.

Se sentaron en los sillones. Jan empezó a manipular en los mandos.

Azul le miró.

—¿Y nosotros?

—Te lo diré cuando hayamos regresado a nuestra era —contestó él, inclinándose para besarla.

FIN

[1] Léase el número 150 de esta misma Colección, titulado *Ventana al futuro*, de este mismo autor. (N. del E.)